

EL DOCTOR GAOS SE ILUSIONA

La puerta automática se abrió chirriando como un lirón asustado en pleno sueño. La luz del pasillo, con su habitual impertinencia, claveteó de alfileres brillantes el desorden jubiloso del despacho, creando por unos instantes una atmósfera de penumbra peliculara, muy agradable al carácter solitario y altivo del Dr. Antonio Kevin Gaos Martínez, más conocido por sus colegas como el estrafalario Dr. Gaos, el de las tonteces de fuste insuperable. Vulgar y miserable burla de gorgojos intelectuales, que no pudiendo llegar a la altura de sapiencia que había alcanzado el personaje objeto de sus chanzas y consumidos por la envidia de su talento, se dedicaban a vituperarlo de manera histérica en los congresos que visitaba con la sana intención de ilustrarles, o por lo menos, así le constaba al Dr. Gaos desde sus más remotos recuerdos profesionales. Aunque, desde la altura ética de su conciencia, el trato malévolos con que le obsequiaban sus colegas no le originaba el mínimo fermento de rencor, pues la estulticia que le rodeaba era una cruz de suplicio a la que se había acomodado con el paso del tiempo; un efecto más de los celos engendrados por su raciocinio incomparable, que aceptaba con la resignación monacal que le había enseñado su madre para con los pobres de las esquinas.

De un somero aplauso encendió la luz de su despacho y las penumbras pelicularas dieron paso al alumbrado aséptico de oficina que lo saludaba todas las mañanas. Sobre el escritorio, el e—cuaderno, al que consideraba parte constituyente de su vida, destacaba soberano entre una maraña de papeleo garabateado con guarismos indescifrables. Los malditos exámenes de Física Cuántica sin corregir debían de reproducirse a oscuras; porque debido a la estúpida tradición de seguir haciendo los exámenes con bolí, cada vez que entraba en el despacho, su volumen formaba una montaña más considerable; pronto caerían en cascada sobre las rocas de folios arrugados que ceñían su mesa, se extenderían por la habitación, escalarían las paredes apoyados con firmeza en sus manchas de tinta impresa y acabarían largándose por el conducto de la ventilación. Entonces, la gente se daría cuenta de que no los corregía nunca, que las notas las ponía a voleo, dependiendo del grado de idiotez que le sugiriese la cara del estudiante y su forma de estar en clase a última hora —a los que golpeteaban con los dedos los suspendía siempre —, hasta que la presión

de los sindicatos estudiantiles obligase al decano a pedirle su dimisión de la plaza de profesor titular. Circunstancia que le traería sin cuidado, si no fuese porque su madre era muy sensible a la opinión pública y la noticia la sumiría en uno de sus pozos depresivos de madre insatisfecha. Un lamentable trauma freudiano.

Así que, de mala gana, se puso a la tarea de recoger los exámenes de sus repelentes alumnos en el cajón más grande de la mesa, entre fuertes manotazos de institutriz, para luego cerrar la prisión con tres vueltas de llave decimonónica. Asunto concluido, chasqueó los dedos como un matón de barrio y, cogiendo el e—cuaderno con delicadeza, anotó lo que consideraba frases históricas en todo equiparables a los Comentarios de su admirado Julio César, aunque en primera y portentosa persona, sin caer en la retórica de la falsa modestia.

Anotación 185.Santiago de Compostela.

«Me siento orgulloso al describir el comienzo de una nueva etapa de la ciencia de la que sólo yo y este cuaderno podremos disfrutar. Hoy, 1 de diciembre de 2094, conectaré el dispositivo por primera vez. El equipo ha sido revisado a conciencia durante horas; si falla en algo, será por milagro envidioso, y los milagros, como bien se sabe y niegan los teólogos, no existen de momento. El transportador tiene batería para 3 meses, el mono térmico regulado a 20 grados centígrados, gafas de visión nocturna, la pistola cargada por si las cosas se salen de quicio y comida en pastillas. Todo perfecto, como siempre acostumbro.

El sueño, que he intentado que fuese realidad desde hace 15 años, se cumplirá al apretar simplemente un botón. Es la prueba cero y la realizaré conmigo mismo sin ningún miedo, confiado en las conclusiones derivadas de mi teoría. Además, no dejaría que nadie me pisara el momento que me merezco, sin lugar a dudas, por encima de cualquiera de mis egoístas colegas.

Pero antes tengo que explicar el desarrollo de un proyecto de tal magnitud, para que la historiografía que estudie mi vida, tras mi muerte, se base en confesiones documentales de primera mano, porque si hay algo que no soporto son las falsificaciones de escritores sin escrúpulos a la búsqueda del éxito mediante el escándalo fantástico, en un intento de encandilar a la gente para que devore sus obras laxantes. No, no les daré baza para conseguirlo, todo quedará fielmente registrado y a disposición de cualquier mente que desee estudiar el desarrollo de mi vida después de que la abandone,



en un olímpico anonimato, y se publiquen mis hallazgos entre el estupor mundial y los reconocimientos post mortem. Ahora, por ejemplo, voy a narrar el comienzo de esta aventura sin límites dentro de la ciencia humana, que no es más que otro principio repleto de promesas inconcebibles, donde toda conjetura tiene cabida y crecimiento. Intentaré ser breve y conciso en pro de la verdad histórica.

El origen de este gran paso fue un error descomunal del servicio postal. Aunque las genialidades han tenido muchas veces como madre a la casualidad, el que le deba la culminación de mi vida profesional a un cartero despistado me hace dudar sobre mi ateísmo. Ya que es raro, por no atreverme a decir providencial, que un físico como yo, dedicado a estudios sobre espacio—tiempo, conozca el texto de un papiro griego de más de dos mil años, perdido en la noche de los tiempos, que es una noche bien oscura, por cierto. Pero la verdad es que un día, al llegar de mi claustrofóbica facultad, me lo encontré dentro de un paquete que un tal Manotillos enviaba a mi hermano y que la falta de aplicación de un joven cartero coló en mi buzón. No es excusa que tengamos el mismo apellido y vivamos en pisos pegados. Equivocarse a finales del siglo XXI, enviándome un paquete dirigido a mi hermano, debería ser un recuerdo de tiempos pasados con carencia en la media del coeficiente intelectual. Yo, confiado en los adelantos de nuestra época, abrí el pequeño paquete sin sospechar que no era el destinatario de su contenido, pensando en un regalo de algún alumno con el típico síndrome adulatorio que les ataca días antes del examen —pues era la temporada de tales sobornos, que me obligan a sermones conminatorios muy celebrados en los pasillos —, sin embargo, para mi sorpresa, me encontré con unos folios escritos y su traducción, más o menos libre, realizada por el profesor Manotillos de la Universidad de Madrid. En una carta aparte, pedía la corrección de los posibles fallos a mi hermano Bernardo. Me quedé atónito, tanto por el mal servicio postal como por la consideración en que tenían a mi hermano en ambientes teóricamente eruditos.

La noticia de que Bernardo fuera aficionado a la Paleografía Griega me era conocida desde la niñez, pero hasta el punto de ser consultado por profesionales en la materia me causó enorme asombro. Para mí no pasaba de ser una de sus muchas aficiones extravagantes que dan forma a la excéntrica de su carácter, como la Entomología Abisinia y la Geografía Venusiana. Su piso, desordenado hasta el delirio, está lleno de estanterías con copias de textos arcaicos, mezcladas con insectos clavados a tablas y fotos infrarrojas de la superficie de Venus colgando como cortinas de los estantes más altos. También hay maquetas de aviones vigesimónicos y solda-



ditos de plomo de ejércitos perdidos. Pero nunca pensé que sus conocimientos en alguna disciplina fueran lo suficiente elevados como para que profesionales le pidieran su opinión; siempre lo identifiqué con uno de esos que saltan de una ciencia a otra, sin quedarse en ninguna y repitiendo en la mayoría; poseídos del deseo optimista de ser sabios renacentistas, ignorando que el Renacimiento fue hace seis siglos y tuvo pocos sabios. Al final, se vuelven personajes anacrónicos que acaban conformándose en la madurez de sus vidas con trabajar en un banco, como le pasó a Bernardo. De manera que el descubrimiento de que mi atolondrado hermano era una lumbrera provocó a la curiosidad que me caracteriza, desterró el pudor por lo ajeno y me invitó a que leyese la traducción del profesor Manotillos con interés. El cotilleo es una hipertrofia de mi deseo de saber que me fascina viciosamente, lo reconozco.

Y la verdad, esa lectura cambió mi vida. El papiro contenía cálculos matemáticos avanzados, escritos por un matemático griego de antes de Cristo, un tal Teodosio de Trípoli. Bueno, no estaba escrito por él, era una copia de finales del siglo I, encontrada en unas excavaciones recientes, que se había conservado hasta nuestros días gracias a la suerte y una escasa humedad ambiental en el lugar que le había servido de tumba. En el papiro, apenas existían palabras, casi todo eran operaciones complejas de números. Como los griegos utilizaban letras para transcribir las cantidades, el papiro parecía una cadena de alfabetos sin orden, con comillas encima y debajo de las letras que indicaban las unidades de decenas, centenas y millares. El profesor Manotillos no tenía experiencia en la traducción de matemáticas antiguas a la nuestra; siempre había estudiado y editado largos textos de dramaturgos y poetas; obras rebosantes de metáforas mitológicas pero nunca de cálculos que parecían muy precisos y escapaban a su limitada mente de humanista acomodado. De ahí su afán por buscar ayuda en todos los expertos que conociese personalmente o de oídas; en la lista de estos últimos se hallaba la bala perdida de mi hermano Bernardo. Sinceramente, pienso que Manotillos estaba desesperado.

De nuevo, miré los cálculos con más detenimiento, por si mis conocimientos en la materia valían para hallar algún error en las operaciones sólo achacable a la memez del traductor. Y, aunque me pese confesarlo, el asombro se convirtió en admiración inusitada. La traducción era estupenda y los cálculos, ay los cálculos, eran sencillamente geniales en su simplicidad. Ideas que se adelantaban, en muchos siglos, a la época en que vivió la figura de Teodosio y que a mí me aportaban la solución para probar mi teoría del espacio—tiempo de una forma asequible de conseguir. Lo que no significa



que el griego conociese la teoría de la relatividad y sus complicados pormenores. Lo suyo era la geometría de esferas, pero sus fórmulas novedosas, claras en su genialidad, aplicadas a mi teoría simplificaban, en gran manera, alguno de los escollos con que yo me había topado. Sí, lo confieso, dentro de aquellos números que deambulaban por el papiro con traje literario estaba lo que no se me ocurriría en años de terapias hormonales para el desarrollo mental. Sencillamente, porque era demasiado evidente. No tengo la pureza primigenia de los griegos.

Pude calcular que mi teoría, gracias a su inocente poder matemático, podía ser demostrada o invalidada mediante un proceso de experimentación, sin apenas riesgos ni costes. Increíble. La afición por las matemáticas de un sabio griego, alejado en la historia, me daba la solución esquivada durante tantos años. Ahora podría construir mi máquina del tiempo sin peligro de causar un cataclismo si el experimento salía defectuoso. Desde un punto de vista técnico, hasta era fácil la realización de una máquina portátil con pocos gastos de inversión. Una prueba más de que el universo es espantosamente sencillo si se encuentran sus fórmulas.

Lleno de gozo, fui de inmediato a visitar a mi hermano vecino. Se sintió muy halagado de que el gran Petrus Manotillos le pidiese su modesta opinión sobre un hallazgo reciente, la cual, tras varias cortas miradas, coincidió punto por punto, mejor dicho, número por número, con la del profesor sumergido en dudas. Según Bernardo, la traducción no era tan peliaguda sabiendo cómo numeraban los griegos, bastaba con tener prudencia a la hora de distinguir las comillas encima y debajo de las letras de las manchas que había posado el tiempo sobre el papiro. Manotillos tenía que ser menos humilde solicitando opiniones a los colegas. Luego, dejándose llevar por la oportunidad de tenerme presente y por la cháchara que lo dominaba en momentos de excitación traductora, comenzó a recitarme un panfleto sobre la imperiosa necesidad de volver a los estudios de lenguas muertas, para sacar a la cultura de la mediocridad de las telecomedias polinesias con que nos bombardea continuamente la televisión de los noventa.

En circunstancias normales, escapo al menor atisbo de ataque sermónico por parte de Bernardo, sobre todo los relacionados con temas decadentes, pero la dicha que me embargaba con aquella confirmación de que los números y sus resultados eran correctos, dulcificó mi espíritu hasta el grado de tolerar, con rostro compasivo, las diatribas de mi hermano contra los productores televisivos que sodomizan las neuronas de los espectadores. Sin embargo, por mis orejas paseaban sus palabras sin encontrar ninguna puerta abierta; el entendimiento estaba ocupado en las haza-



ñas de Teodosio de Trípoli que me llevarían a sentir la gloria al alcance de...» Clic.

La puerta del despacho se abrió, esta vez sin chirriar, mostrando a una joven de aspecto decidido que no se inmutó ante la cara de tigre huraño que le amenazó desde la mesa. El vestido transparente a la última moda, las botas de cuero hasta los muslos y su peinado de peluquería revolucionaria, desataron la alarma de chica dispuesta al reto de hacerle una consulta. Además, aquella joven ya se había presentado más de una vez a semejante atrevimiento. Una veterana recalcitrante, qué espanto.

—Buenos días, profesor Gaos.

—Estoy ocupado. Y la próxima vez llámeme doctor Gaos.

—Sé que está liado. Pero sólo quería hacerle una simple pregunta relacionada con su lección sobre...

—¿Es que no me ha oído? Ahora no puedo.

—Perdone, pro... digo doctor, pero por lo que parece, usted no puede nunca. Es la quinta vez que me acerco a su despacho y apenas me ha dejado hablar más de una frase. La actitud negativa con sus alumnos es totalmente contraria a sus obligaciones de educador. Debería cuidar la manera con que trata lo que le da de vivir.

—De acuerdo. Hoy ya la dejé soltar más de una frase. ¡Largo! —las protestantes le sacaban de quicio. Eran insaciables. Por qué no se conformarían sus cerebros de mandril con el suplicio de la hora de clase.

—Me quejaré de su conducta a quien haga falta.

—¡Váyase al carajo!

La joven se puso lívida, pero se controló y desapareció por el pasillo dando taconazos entre murmullos de rabieta. El Dr. Gaos no pudo evitar un hilo de sonrisa maliciosa mientras se cerraba la puerta. En el fondo, le encantaba desahogar su carga de estrés matinal con alumnas reclamantes de mejor trato, sobre todo si vestían tan provocativas. La tolerancia en las costumbres de los últimos dos siglos producía alumnado demasiado exigente en sus derechos y alguien tenía que dar la cara por la elite de una sociedad sometida a semejante barbarie libertaria. Siempre tienen que existir diferencias o el caos dominará al hombre civilizado en su búsqueda de la perfección. Como botón de muestra, para no olvidarlo nunca, la foto de su padre moribundo adornaba la esquina principal de su mesa. En ella, podía verse a un hombre vestido de explorador, tumbado como un muñeco, a la sombra de un árbol de tronco imponente. Cerca de su cabeza, asomaba lo que parecía un balón vegetal teñido de manchas de sangre.



Más atrás, posando para el cámara, una pareja de indígenas amazónicos aguantaba la risa sin mucho éxito en su empeño. El tucán distraído que pasaba por el lugar en vuelo rasante añadía una nota de alegría tropical al dramatismo de la composición. Un pequeño artículo que acompañaba a la imagen señalaba que el profesor John Eduardo Gaos había dado su vida por la ciencia en los escasos restos que quedaban de la selva del Amazonas. Un desgraciado accidente, de verdadera mala suerte, le ocurrió mientras ayudaba a sus alumnos de la facultad de Biología en un trabajo de campo. Se encontraba a la caza de ejemplares de una extraña especie de escarabajo trompetero, cuando la semilla de una juvia del Brasil impactó contra la parte superior de su cráneo, descerebrándolo en el acto. Hecho nada sorprendente si se considera que las juvias del Brasil son árboles gigantescos, que dejan caer sus semillas del tamaño de un balón de fútbol y tan duras como piedras, desde una altura de hasta cuarenta metros. Esta vez fue encima de un incauto que pasaba sin precauciones por sus aledaños, ajeno al peligro de bombardeo sementero que pendía sobre su cabeza. La escena representada mostraba a los guías del lugar, poco después de hallar el cuerpo, sacando fotos de recuerdo para sus familiares de un suceso tan poco habitual hoy en día, debido a la desertización progresiva del planeta. La semilla asesina sería plantada en memoria del fallecido en el parque municipal de su ciudad natal. El profesor dejaba dos hijos de corta edad y una viuda divorciada.

El doctor Gaos apartó los ojos del dantesco panorama. Nunca le había perdonado a su padre aquella muerte tan estúpida en medio de la nada selvática. Y todo por ayudar a unos estudiantes miserables, incapaces de valerse por sí mismos, con la buena fe de idealista que era su seña de identidad. Las burlas de los compañeros durante las horas de recreo en el internado todavía le amargaban sus recuerdos de infancia. Causa momentos de rencor difíciles de olvidar el escuchar a los seis años que se es hijo de un asemillado. Desde ese momento tan ridículo, juró no dedicar su tiempo a otro ser que no fuese Antonio Kevin Gaos Martínez y su propia circunstancia vital. El resto serían meros adornos, a veces útiles, del paisaje donde le tocase vivir, para suplicio de los inocentes que confían en la bondad intrínseca del hombre. Renunció a cualquier tipo de conocimiento que resultase práctico. Su imaginación se centró en misteriosas y visionarias investigaciones, que resultan siempre las más gratas a una mentalidad solitaria e indómita.

Mucho más animado tras la enésima reafirmación de sus convicciones, se puso de nuevo a continuar la narración interrumpida del e—cua-



derno. Como una de sus manías era ser muy escrupuloso, empezó una nueva nota.

Anotación 186. Santiago de Compostela

«Me puse rápidamente manos a la obra: Construir el aparato para manejar a voluntad la dimensión fascinante del tiempo. No peco de vanidad si confieso que fue poco difícil. Cualquier físico de mi rama podría encargarse de su realización a un informático recién licenciado. En mi caso, contraté a un joven bastante tímido que se llamaba J. Mendes (nunca supe que significaba la J.), con el título apenas posado en la mano y que andaba a la buena de Dios, sin atreverse a buscar empleo. Utilicé la excusa de que necesitaba un programa para realizar ciertos experimentos sobre desintegración de materia y le ofrecí una cantidad por el trabajo, que desmoronó su apocamiento. Al día siguiente, el chaval estaba manos a la obra, mientras yo me encargaba de construir el resto del artilugio, con el disimulado nombre de Desintegrador Molecular. Algo rimbombante, quizá, pero es que me sentía muy heroico soñando mi papel de cosmonauta temporal vagando por los siglos.

La aventura comenzaba de veras a cobrar forma, y logré un pequeño aparato de cinco kilos de peso, en forma de mochila, que era la llave en el tiempo más sencilla de manejo que pudiese imaginar un escritor de fantaciencia indolente. Si además se le añadía un minúsculo pero efectivo ordenador, con el programa diseñado por mi ayudante pacato, ya no era una simple llave, sino una multitud de puertas en la historia del mundo que me llevaban a donde quisiera. Sólo bastaba con teclear el sitio de llegada y cerrar los ojos, por si el ejercicio producía mareos en mi sensible sentido del equilibrio. Eso sería lo que iba a experimentar tan pronto eligiese el destino. Ya que ahí estaba el verdadero problema; el dónde ir, en qué lugar aparecer, adónde dirigir los primeros pasos de marcado simbolismo. Pues si tenía éxito en la empresa, me vería inmerso en otra época, en otro universo de situaciones, liado en asuntos que podrían cambiar por completo el futuro, no sólo para mí, sino para la humanidad del 2094, sumergida de lleno en sus banalidades postmodernas. Aunque la tentación me poseía, sin querer, me había convertido en un pequeño demiurgo que debía andar con pies de plomo por el intrincado laberinto en el que habitan las fechas del calendario, porque cambiar la historia a mi manera me negaría la posibilidad de ser y hacer en el futuro lo que soy y hago ahora; la personalidad que me ha conducido a metas de ensueño desaparecería de la existencia



impidiendo su propio nacimiento, y quién sabe el engendro de persona que surgiría en su lugar, indudablemente inferior en todos los matices al actual. La simple idea de imaginar otro yo mediocre, amante de las telenovelas polinesias, estrangulaba mi ánimo y me provocó náuseas de angustia durante varias noches.

Sin embargo, siempre hay una solución a cada problema. La de éste era bien sencilla: Limitarme a no influir en nadie ni en nada cuando viajara por el tiempo. Ser un observador lejano de los acontecimientos, invisible, oculto, o por lo menos, poco llamativo. Un don que se me da de perilla y que he entrenado con tesón de mártir desde mi estancia en el internado. Aplicarlo no sería difícil, y si fuese inevitable que alguien me viera, seguramente me consideraría como un objeto insustancial en el ritmo normal de su vida. La táctica escogida me permitiría ver la construcción de las pirámides desde el borde de una duna algo alejada, los intentos de Leonardo Da Vinci con sus máquinas voladoras subido a un árbol, los desfiles triunfales romanos perdido entre la multitud que los contempla, o las obras de levantamiento de una catedral gótica, tomando un aperitivo sobre un tejado vecino. Todas las maravillas estaban a mi alcance si era precavido. Tendría a mi disposición la oportunidad de ver los mayores espectáculos de la historia del mundo en el más absoluto de los directos. Aún más, podría adelantarme en el futuro y conocer el resultado de mi vida en la posteridad, saber lo que debía arreglar del presente para mi provecho o apoderarme de los próximos avances y descubrimientos, incluidos los premios de la lotería, que necesito financiación. Las posibilidades se limitan a lo que pueda imaginar mi afán de aventuras y el deseo de lucro. El juguete perfecto de la creación en cinco kilos de mochila.

Pero el primer viaje a realizar, no podía quedar huérfano de un cierto significado de claro simbolismo, aunque entrañara riesgos momentáneos de pequeña dificultad. La elección del destino se convirtió, por tanto, en un dilema de solución rocosa y resbaladiza durante noches de mordiscos a la almohada y siestas en el sofá, a la sombra escasa del ficus.

Al final, desesperado por el vacío decisivo que me dominaba, trasplanté el ficus por un eucalipto de crecimiento veloz, de esos modernos, manipulados genéticamente para desarrollar ramas abundantes, que den buena sombra, pero sin crecer hasta el techo. Fue en esa sencilla operación de jardinería cuando me llegó la iluminación que ansiaba sobre mi primer viaje. Al contemplar, mientras alzaba su copa erecta, el intrincado laberinto de hojas que cubría el eucalipto, me acordé de uno similar, el formado por números alfabéticos que sembraba el papiro de Teodosio de fórmulas ge-



niales, y de sopetón, uniendo eslabones de cadenas tan diferentes, brotó en mi mente la idea sublime de inaugurar la historia de los viajes en el tiempo con una visita al maestro que los había inspirado. La verdad, no entiendo como no había caído en la cuenta mucho antes. Es de una elegancia pasmosa. Un gesto de reconocimiento a una personalidad merecedora de los mayores tributos, cuyos esfuerzos han sido marginados por siglos repletos de seres decadentes, hasta el nacimiento de un mortal semejante que los ha podido valorar en sus justos términos. Más que una buena idea, era un deber moral encontrarme con Teodosio de Trípoli.

Sin embargo, pronto descubrí que eso era imposible. Del sabio sólo se conocían escritos fragmentarios que las casualidades de la Historia habían permitido salvar del olvido general. En ellos, no se hacía mención a su vida ni se daban datos de interés sobre su persona. Lo único que podían señalar los estudiosos como probable es que perteneciera a la corriente pitagórica, pero tampoco podían asegurarlo a ciencia cierta. Sobre ponerse de acuerdo acerca de la época en que vivió había muchas más discusiones, algunas terminadas de forma violenta en los pasillos de los congresos, y las teorías proponían fechas como en un búngo estropeado que repitíese números para desconcierto de los jugadores. O sea, que estaba apañado si quería topármelo con certeza; a menos que diera saltos de canguro por toda la Antigüedad, probando cada teoría hasta que me sonriera la suerte. Asunto demasiado penoso y peligroso de llevar a cabo, sobre todo para un novato como yo. Por lo tanto, ya que buscar a Teodosio era misión imposible, tuve que conformarme con el intento de recuperar sus obras. En el fondo, un hombre no es más que un mal ejemplo de lo que escribe; un error continuo que sus obras pretenden dotar de cierta realidad de la que carece. Para conocer a Teodosio en toda su amplitud, era necesario viajar a un lugar conocido, que guardase sus escritos en un momento determinado de la historia, y en este caso, la fortuna se mostraba de mi parte. Se tiene constancia de uno donde habían estado hace la friolera de dos mil años. En ese sitio se encontraba, por lo menos, una obra de Teodosio, de la que aquel papiro traducido por el profesor Manotillos era el pedazo que quedaba a las generaciones futuras. El lugar del hallazgo se encuentra en los restos de un campamento romano próximo a las orillas del Danubio, en un estado de conservación relativamente bueno para las técnicas actuales de excavación. Su existencia es conocida desde hace décadas, pero no se ha empezado a estudiar en serio hasta principios de los noventa, hará unos tres años más o menos. Según los primeros resultados, los romanos llegaron al lugar a finales del siglo I, quizás como refuerzo de la frontera del



imperio, y se fueron a principios del siglo II, poco antes de la Iª Guerra Dácica, probablemente llamados para intervenir en ella. Pero tras su marcha, en un oscuro sótano del campamento se dejaron olvidados, hecho insólito en uno de los ejércitos con mayor eficacia de la historia, varios rollos de papiro en sus fundas de piel. Con el paso del tiempo, el campamento no parece haber sido ocupado de nuevo, y lo que está claro es que no volvió a reconstruirse, permaneciendo en ruina y sufriendo el progresivo desgaste de las estaciones y la acción del hombre hasta el día de hoy, cuando no es más que unas ondulaciones del terreno apenas sobresalientes del suelo, en el interior de las cuales, han aparecido los restos de un sótano y pedazos dispersos de su contenido, cuyo volumen sería mucho mayor si la podredumbre no hubiese derrumbado el techo de la cavidad y destruido la mayoría de sus tesoros de anticuario. Los arqueólogos siguen la excavación con el interés manifiesto de que, en el futuro, la Unión Europea dote los fondos necesarios para su conservación, y a ser posible, su parcial restauración. Y aunque no lo consigan, yo puedo asegurar que recibirán un sustancioso donativo del que aquí anota, a modo de compensación, cuando vuelva con éxito de mi viaje, pues he planeado realizar a ese campamento el trayecto inaugural de mi aparato.

Me bastará con aparecer una noche poco después de su abandono, bajar al sótano y traerme todo los rollos de papiro que encuentre. Podré llevármelos sin ningún reparo porque la historia no va a cambiar por unos legajos olvidados que desaparecen de repente; el único trastorno consistirá en que un arqueólogo del año 2094 hallará las ruinas de un sótano, sin sorprenderse por la aparición de papiros fuera de lugar; el profesor Manotillos no intentará descifrar nada que le hiciese caer en dudas y el cartero se habrá salvado de cometer un despiste humillante metiendo un paquete equivocado en mi buzón. Mientras tanto, yo tendré en exclusiva los conocimientos de Teodosio de Trípoli y se borrará la posibilidad de que caigan en manos de un colega inteligente con ganas de plagiarme. Además, el viaje se puede catalogar de sencillo, pues sería falto de lógica que alguien me viera en un lugar tan apartado como en el que se asentó el campamento, sobre una colina boscosa alejada de los caminos, en una zona fronteriza de poco atractivo por aquellos tiempos. Aun así, convencido de la importancia de lo que voy a cometer y de los riesgos insospechados que acarrea, escribí mi testamento ayer por la tarde y lo he depositado en las manos acordes a la ley de mi odiado abogado. En él, lo dejo todo claro por si no regreso y pido que mis investigaciones sean destruidas de inmediato. Aunque la mayor parte de mis descubrimientos los tengo anotados en este



e—cuaderno, que llevaré conmigo al pasado, no quiero que ningún desgraciado se aproveche de mis notas sueltas para sus delirios de grandeza científica.

Concluyo esta anotación deseándome la mejor de las suertes en el proyecto que voy a emprender. La próxima, espero escribirla hace dos mil años.» Clic.

El Dr. Gaos se estiró en su silla ergonómica, como un gato remolón, y apagó el e—cuaderno con una caricia suave del dedo meñique. Su despacho no tenía ventana, pero estaba seguro de que era el momento en que los alumnos se desparramaban fuera de la facultad, en dirección a los tugurios que les servían de albergues o a esos pisos alquilados que comparten con clanes organizados de cucarachas mutantes; porque siempre que el edificio de la facultad empezaba a quedarse vacío aparecían los mismos síntomas: Los pelos de su nariz le empezaban a picar y el tojo artificial que decoraba la esquina más brillante del despacho parecía adoptar un aire vegetal muy convincente, hasta le olían las flores. La causa de su reacción nasal la entendía perfectamente, era la manera que tenía su cuerpo de expresar alivio, cuando notaba en el aire la falta de mediocridad, pero lo del tojo artificial todavía escapaba a su comprensión. Algún día, tendría que estudiar con detenimiento aquel plástico verde con reacciones tan semejantes a las suyas. Sin embargo, ahora tocaba salir de la facultad y dirigirse a Viena. Desde allí, entrada ya la noche, se desplazaría a los restos del campamento romano junto al Danubio, se pondría el equipo de supervivencia, la mochila con la máquina del tiempo y se lanzaría a la aventura del pasado con la alegría de un niño con juguete nuevo.

Por cierto, pensando sobre juguetes, el Dr. Gaos se percató de que la máquina no tiene nombre que la identifique por sí sola, sufre de un anonimato intolerable, que le resta poder evocador. En el futuro, cuando muera, se publiquen sus hallazgos y el mundo se dé cuenta del talento que ha perdido, algún periodista manazas compondrá un titular en el cual dará un nombre abominable a su invento, algo así como Mochila del Tiempo, Tempomacuto, Joroba de Desplazamiento Intersecular o el engendro de Proyector Transeónico Unipersonal. Hay que eliminar una posibilidad tan espantosa; los nombres son parte básica de la percepción de cualquier objeto, la forma que adopta su imagen en nuestro cerebro. Si a una cosa no se le da un nombre depende por completo de los préstamos abusivos de otras, se endeuda adquiriendo una falsa imagen que la señalara siem-



pre sin pertenecerle nunca. Su máquina no es ninguna mochila, joroba o proyector, ni siquiera se le puede considerar máquina en sí, porque trasciende el simple formato de mecanismo. Es un ser nuevo, que rompe todos los modelos que queramos aplicar en su definición. Por eso, es necesario bautizarla con una palabra simple, huyendo de los compuestos barrocos que el desconocimiento usa para adornar lo que le parece innombrable. Una palabra que surge de la mente en ebullición del Dr. Gaos mientras sale del despacho, y con mirada ausente, se fija de pasada en un póster que avisa donde será la fiesta de recaudación de fondos para el viaje de paso del ecuador. Las letras, de un gordo sensual muy llamativo, anuncian de una manera casi ofensiva, la fiesta en el robopub AMALIA, paraíso de los bebedores sin prejuicios sobre el alcohol de garrafa. El subconsciente indolente del Dr. no dejó sin aprovechamiento aquella fugaz visión.

Poco después, al bajar en el ascensor, sorprendido por el caudal de talento poético que brotaba de su psique, pronunciaba entre labios el nombre del nuevo objeto que había creado para asombro de la humanidad: TEMPORALIA.



DIVAGACIONES DE CAMPAMENTO

Allí donde el Danubio se estrechaba ligeramente y sus aguas pasaban dormidas entre dos orillas pedregosas, en el año 106 d. C., a comienzos de la primavera, un bosque de robles rodeaba la colina sobre la que plantaba sus cimientos el campamento de un destacamento romano. La noche de frío cortante sumía en una neblina de alientos el puesto de guardia ante la puerta oeste, mientras nubes de luto se empeñaban en tapar la poca luz de luna que se atrevía a retar a la oscuridad campante. En el fondo del foso, bajo el talud de la muralla construida a costa de parientes de los robles circundantes, los últimos vestigios de nieve invernal se resistían a desaparecer y reflejaban un negativo del cielo, fino y alargado, que giraba por la base de los torreones. El rugido de una ráfaga de viento aplastó el penacho gastado del centurión al mando de la guardia y le hizo exclamar una opinión poco agradable sobre las propiedades del aire. A su lado, cubiertos, como él, con capas de lana vieja, varios legionarios mataban el frío frotándose las manos y dando saltitos como niños traviesos en las filas del teatro. Vistos a cierta distancia, cualquiera los confundiría con pulgas gigantes celebrando un aquelarre. Sin embargo, son sus voces resfriadas las que dan inicio al episodio.

—¿Cuánto te falta para el licenciamiento, Néstor?

—Te lo he dicho mil veces.

—Ya lo sé, siete años. Pero era por hablar, estamos tan callados...

El centurión, que les daba la espalda, giró el cuello de toro que aguantaba su cabeza.

—¿Callados, Marco? Si lleváis toda la guardia dando resoplidos y saltos como ranas borrachas. Pero qué digo de la guardia, todos los puñeteros inviernos durante seis malditos años os los habéis pasado a saltos y a fris fris con las manos. A callar de veras u os meto un puro de narices. Me tenéis hasta los centros del alma de vuestras gilipolleces.

Para el centurión Vario, los centros del alma eran las partes colgantes y en forma de avellana que los hombres suelen tener en la parte baja de la ingle. En su opinión, no sirven sólo como mero aparato reproductor, sino que contienen la esencia principal de la conciencia de cada individuo. Por eso se explica que su privación cause tantos problemas de personalidad a los que la padecen y su uso prolongado un aumento de la fuerza



de espíritu con que se afronta la vida. Pruebas tan evidentes y concluyentes, que no comprendía por qué el médico del campamento se las tomaba de broma en las largas tertulias que emprendían contra el aburrimiento cotidiano. Así que, cuando el centurión Vario, normalmente persona de buen talante, decía que estaba hasta los centros de su alma por algún motivo, significaba que los legionarios debían seguir sus órdenes sin rechistar, ya que en caso contrario, el castigo terrible de realizar una patrulla de exploración por la Nada Bárbara caería sobre sus cabezas. Veteranos de tal tormento, Néstor y Marco se pusieron firmes, con una mano pegada al muslo y la otra al pomo de la espada, dispuestos a soportar el frío con estoicismo militar republicano, antes que molestar a su centurión, a la espera de que siguiese con su ronda por las otras puertas y les dejara calentarse en paz y alegre compadreo.

Pero a Vario siempre le gustaba retardarse un buen rato en la puerta oeste; estaba más resguardada que las otras tres y de cara a la Galia, donde había nacido, oculta por allá lejos, en el medio de la oscuridad. Cada día pensaba con más convencimiento que no volvería a ver su ciudad natal, Lugdunum, y que su regreso imaginado mil veces, como centurión licenciado con pensión de levantar envidias, se diluía en las gotas de lluvia de los inviernos de frontera. Un sentimiento parecido de pesimismo rondaba en la mente de todos los hombres del campamento mucho antes que en la suya, siempre dispuesta al optimismo por el uso continuo que hacía de sus centros del alma; pero debido a que las prostitutas no se acercaban al lugar desde hacía semanas, y su afecto por los hombres no llegaba a deseos parecidos, el ánimo de Vario había descendido al nivel de la media general. Por eso, últimamente, también lamentaba, como la mayoría de los soldados, que el emperador se hubiese olvidado de perdonar los errores que les habían conducido a aquel destino de perros abandonados, sin ni siquiera darles la oportunidad de redimirse en la nueva guerra contra los Dacios que montaba para el año en curso.

Por lo menos, después de casi seis años, podía tener el magnánimo gesto de trasladarlos a otra parte, daba igual dónde, que peor es imposible. Situados en la nada, a treinta millas al este de Carnuntum, la capital de la provincia, entre el Danubio y la calzada fronteriza que pasaba a sus espaldas; siempre faltos de algún suministro, porque nunca llega el suficiente para las tres centurias que malviven en el campamento; pocos días de permiso que disfrutar al año y muchos de guardias monótonas, observando cómo pasan los días sobre los bosques eternos del norte, rellenos de bárbaros que esperan el momento de hincarles el diente; sufriendo frío y



humedad en invierno, calor y bostezos en verano, con los lobos aullando todo el tiempo; casi seis años de aburrimiento completo, aislados del mundo entero, mientras aguardan que el emperador se acuerde de ello algún día de poco ajeteo y se decida a firmar, de una maldita vez, el traslado.

Tal tortura, simplemente, pensaba Vario, es demasiado castigo a su centuria por haber organizado una orgía nocturna en las afueras de Colonia Agripina para celebrar su ascenso.

Fue una noche estrellada de verano, aprovechando que estaban de maniobras mensuales, quién se iba a enterar de una pequeña juegucilla campestre. Lo había preparado todo tan bien, que tenían hasta músicos tocando sobre un estrado. Pero la intromisión de la hija del legado complicó las cosas y provocó que el escándalo fuera a mayores. No es culpa suya que la chica se metiera en la fiesta; ella y unas amigas del orden senatorial se camuflaron entre las mujeres contratadas y nadie se dio cuenta, cada uno iba a lo que caía en sus manos. Además, según sus hombres, se las notaba con tanta experiencia de combate como las mejores profesionales. Claro que la experiencia no les sirvió de nada cuando se presentó el legado, en mitad del jolgorio, con la cohorte entera que había movilizado en la búsqueda de los pendones perdidos.

Excepto por los gritos furibundos del viejo a la hija de mirada indiferente, el final de fiesta fue bastante apagado y poco ameno. Los músicos fueron los únicos que lograron escapar entre la redada general.

Pocos días después, la centuria recibía la orden directa del emperador de formar parte de un vexillum, destacamento formado por unidades de diferente origen para un cometido concreto, con misión de dirigirse al Danubio a marchas forzadas y reforzar la frontera. El centurión Vario esperaba un castigo mucho más duro y respiró aliviado, por él y por sus hombres, dando gracias a la clemencia del emperador con un sacrificio a su genius protector. Sin embargo, ahora mismo, le daban ganas de abrir en canal al maldito genius, al clemente emperador, a todos los legados y las furcias aristócratas; tirar los despojos a los lobos, a ver si dejaban de aullar como desesperados, y montar una orgía memorable bajo un emparrado de uvas borrachas. El enfado de rebeldía le hizo aspirar con rabia y su nariz se cargó de un remolino de frío cosquilleante. El estornudo de oso resfriado consiguiendo casi taponar los oídos de los soldados Néstor y Marco.

—Salud, centurión. Que no sea nada.

—¡Pss! ¿No habéis escuchado? —Vario alargó su cuello bovino, atento al sendero que desde el campamento iba a la parte baja de la colina y



enlazaba con la calzada a Carnuntum. —Algo se queja en el camino, ahí delante.

—Será un lobo. De noche parlotean mucho.

—Seguro, Marco. Y piden auxilio en latín porque son muy educados. Anda, ve a ver quién es.

—¿Yo, centurión? ¿Por qué no va Néstor?

—¡Oye, tú que...

—¡Silencio, mendrugos! Marco, es una orden. Y aunque estemos en el culo del mundo a un centurión se le obedece, a menos, claro está, que te guste ir de patrullitas por la Nada.

—Voy, voy. Tampoco es para ponerse así. —Marco cogió de mala gana la lanza apoyada en el dintel, maldiciendo su perra suerte con susurros inaudibles, y se acercó, pasito a pasito, con los ojos fijos en la oscuridad, hacia la sombra dónde se oían gemidos cada vez más claros. —A ver... ejem, ¿Quo vadis? ¡Responda!

—Ayuda, por favor, ayuda. Me muero. —De la negrura surgió lo que quedaba de un hombre, ya maduro, que se arrastraba por el suelo a golpe de codos llagados. Sangre en filamentos resbalaba por su cara, mezclada con lágrimas secas y barro fresco del camino. El cuerpo le tiritaba sin control y le hacía tartamudear cada palabra de auxilio, pero todavía pudo reconocer la figura de un legionario desconfiado antes de desvanecerse por completo en sus sueños tintados de rojo. —Soldado, por favor...

—¡La madre que... Centurión, venga aquí! Hay un hombre herido que está en las últimas.

—Vaya, lo que me faltaba. Encima voy a tener que informar de una novedad nocturna. Dioses, qué asco de vida.

Las mañanas en el campamento son siempre iguales para el médico Antálcidas. Unos ejercicios de estiramiento muscular que desperezan el cuerpo todavía dormido y un buen trago de agua fresca para equilibrar la cantidad de líquidos. Con preceptos tan sencillos, considera que se puede realizar una actividad cotidiana sin temor a achaques molestos, practicando en la tropa las virtudes de la escuela de medicina empírica a la que pertenece, cuyo método de curación se resume en un triple principio que han de seguir todos los médicos bien preparados: Primero, emplear la experiencia propia u observación personal, segundo, utilizar la historia o conjunto de experiencias ajenas que puedan ayudar y, finalmente, en casos difíciles, el tercer principio es probar la inferencia, que consiste en la



utilización, en un caso no conocido, de remedios de casos observados con características parecidas al que se pretende curar. Con estas tres únicas normas aprendidas en sus primeras clases de medicina, Antálcidas luchaba valerosamente contra todas las enfermedades que asaltaban el campamento, principalmente resfriados en invierno y diarreas en verano, sin cambiar su ritmo de estiramientos y tragos matinales, verdaderos rituales para el mantenimiento de su salud física y mental en un clima tan espantoso.

Aunque, cada noche, en la soledad de su pequeño hospital de madera, el recuerdo de aires cálidos del desierto confundiéndose con la brisa marina, de los olores a pergamino y tinta fresca de la Biblioteca y del griterío en cien idiomas de las avenidas de su Alejandría natal, se reunían a los pies de su lecho en una amalgama oscura de la que no salía nada que lo aliviase, sólo el ruido burlón del viento atravesando violentamente las junturas de la puerta.

En esos momentos, perdía su querida indiferencia y pensaba también, como todos, que no volvería a pisar lugares amados, a discutir sobre la percepción con su amigo Sexto bajo el pórtico del gimnasio, a reírse orgulloso de la impaciencia de Lelia esperando en su litera, a notar el Nilo entre sus tobillos cuando paseaba por el delta, el sabor dulce de los dátiles en el desayuno, el desierto tentador; una infinidad de pequeños apuntes guardados en la memoria que su pena corroía de forma más amarga que al resto de marginados, un suplicio multiplicado; ya que no había dejado atrás cualquier aldea del occidente bárbaro, repleta de melencidos embrutecidos, que desmenuzan la lengua insípida de los romanos, sino la capital de la belleza y el recinto engendrador de la ciencia, señalado por la luz altiva que desciende generosa al mar desde de la maravilla del mundo más útil a la humanidad; y sobre todo, había perdido para siempre los paseos con Lelia, ocultos de la gente, por la avenida de palmeras, gozando de la alegría que emanaba de su cuerpo, mientras se sumergían en la litera de cortinas púrpuras y sabanas de seda. Ah, el recuerdo de los cojines de la litera, el tacto encendido de Lelia entre sus curvas... Pero aquellos paseos habían sido demasiado escandalosos, un accidente imperdonable causa del exilio más deplorable.

Desesperado, se hundía bajo la manta y lloraba hasta hartarse, esperando la rutina salvadora de la mañana y el regreso de la indiferencia escéptica.

Sin embargo, esa noche, puños descarados aporrearon la puerta sin contemplaciones, antes de que pudiese conciliar de nuevo el sueño, dando



gritos de urgencia intercalados con maldiciones soldadescas, que no se interrumpieron hasta que la abrió a toda prisa, envuelto en su manta como un fantasma sorprendido.

Se trataba del centurión Vario, el mayor pervertido que había conocido, con un soldado que cargaba en sus brazos a un tipo en las últimas. Se le echaron encima con la historia de que era un herido que encontraron en el camino, medio congelado y balbuciente, dispuestos a que lo reviviese cuanto antes, porque al Praepositus le había dado por interrogarlo cuanto antes, y recalcó mucho el cuanto antes. Era la primera noche en seis años que le traían un paciente de emergencia y no le hacía ninguna gracia que rompiesen una costumbre tan agradable. Mandó que lo tumbaran sobre una cama y que lo dejaran tranquilo con el herido. Pero el centurión tenía órdenes de no abandonar el hospital, hasta saber si aquel hombre iba a sobrevivir o no. Antálcidas, resignado, se apretó la manta al cuerpo y exploró a su paciente: Hombre de mediana edad, pequeños síntomas de congelación, una herida sangrante en la parte posterior del cráneo, que no parece revestir gravedad a primera vista, es más aparatosa que grave; cicatrizará sin problemas, seguramente realizada con un objeto contundente poco afilado. Las llagas en los codos de arrastrarse por el suelo y las manchas de vómito en sus ropas indican que el golpe le afectó el sentido del equilibrio. Habría que esperar a que despierte de su desmayo para observar si remiten los mareos. Mientras, lo único que puede hacer, es tratar su herida y calentarlo. Las probabilidades de que muera son muy pocas, aunque con los golpes en la cabeza nunca se puede estar seguro.

—Vaya. Bueno, médico, puesto que no sabe si va a sobrevivir, esperaré hasta que esté seguro del todo —contestó Vario, tumbándose en la cama de al lado con evidente alegría. El aire caliente del brasero y la posibilidad de una siestecita eran tentaciones insalvables. —Órdenes son órdenes. Marco, tú vuelve a la guardia con Néstor.

—¿No necesita apoyo, centurión?

—A la puerta oeste, Marco, que el frío endurece.

El legionario se fue refunfuñando meditaciones inenarrables sobre el comportamiento abusivo de los mandos. Cuando cerró la puerta, el joven ayudante de Antálcidas salió de su pequeño dormitorio al otro extremo del barracón. El pabellón de madera, que hacía las funciones de hospital, con una docena de camas, no era lo suficiente grande para que no se hubiese enterado del jaleo, pero su tardía aparición y la indolencia



de sus movimientos, se comprendían con una mirada a su rostro moqueante y ojeroso. La gripe lo estaba haciendo trizas.

—No me hace falta ayuda, Hermógenes, vuelve a la cama. Necesitas descanso.

A Antálcidas le relevaban el ayudante cada dos años. Hermógenes había sido el más dotado y aplicado hasta el momento. Tenía alma de buena persona y llegaría a ser un médico excelente si no lo corrompía la vida de la capital del imperio, donde acabaría trabajando, con toda seguridad, tras la suerte de poder curar a la persona influyente de turno. El hecho de que lo utilizaran como maestro de jóvenes prometedores que se llevaban el éxito no le molestaba en absoluto, todo lo contrario, enseñar sus conocimientos a algún discípulo de provecho era la única distracción que daba amenidad a su exilio, aparte de las discusiones filosóficas con Diomedes, un soldado de origen griego seguidor fanático de Epicuro. Además, en el futuro, cualquier alumno agradecido podía interceder a su favor ante las autoridades convenientes. Era necesario abrir todas las puertas de salvación a su alcance, por muy peregrinas que se mostraran.

—Gracias, señor. Volveré a la cama. No me encuentro nada bien.

—Toma mucha agua por las mañanas. —Dijo socarrón Vario, imitando la voz del médico.

Antálcidas no se dio por aludido y empezó a limpiar las heridas de su paciente con un paño de lino limpio. En unos minutos ya le había desvestido, vendado la cabeza y los codos, abrigado con mantas y administrado jugo de adormidera, disuelto en agua, cuando recobró la conciencia, durante unos instantes, y pidió de beber con voz quebrada. Eso había sido una buena señal. Ahora, quedaba esperar que el descanso hiciese el resto y que los ronquidos que empezaba a dar el centurión, tumbado a su lado, como un mono despatarrado, no le agitaran la tranquilidad que necesitaba su cuerpo. Después de una última ojeada, sin hacer ruido, volvió a su habitáculo y se echó sobre el camastro. Envuelto en su manta como un ovillo arrugado, estaba seguro de que cogería un resfriado por todo aquel trasiego nocturno. Además, cuando se despertara, estaría tan cansado por el cambio de sueño, que no podría realizar sus ejercicios matinales y los humores desequilibrados del cuerpo le dañarían la salud de manera irremediable. Con sobresaltos semejantes, que afectaban de lleno a su rutina bien estudiada para sobrevivir en clima tan infernal, la vida militar acabaría con sus fuerzas vitales en poco espacio de tiempo. Y todo por culpa de unos paseos fogosos en litera propios de un adolescente calenturiento.



Pero hay que serenarse, el desánimo no tiene sentido, está dejándose llevar otra vez por las circunstancias que lo rodean, que son inciertas e indiscernibles. No puede abandonarse a tales ataques de debilidad, tiene que mantener el autodomínio, la suspensión de juicio sobre las cosas y la tranquilidad de espíritu que acarrea la consecución de ese estado, la deseada imperturbabilidad del sabio que conoce los límites de las cosas. No se puede afirmar verdad alguna y estar en lo cierto, se repetía, lleno de convencimiento, como una letanía, desde la profundidad maternal que le ofrecían los pliegues de su cobertor. Hay muchos argumentos que hacen evidente que toda existencia es indemostrable, cubierta de contradicciones en sí misma, simple apariencia, tan difícil de asir como los objetos de los sueños. Así los animales tienen diferentes formas de pupilas, unas oblicuas, otras redondas, con diversos tamaños y texturas dependiendo de la especie a la que pertenecen. Cada uno ve con sus ojos las cosas de diferente modo a los demás y todos resultan válidos sin negar que puedan ser falsos. La cabra y la víbora se mueven en dos universos de imágenes que nunca podrían intercambiar sin reírse la una de la locura en que vive la otra. Los mismos hombres difieren en sus impresiones de los objetos, los cuales, a su vez, varían dependiendo de las circunstancias, posición, mezcla, cantidad y otros matices con que se nos presentan a la vista. En los sentimientos pasa lo mismo, y en mayor medida, porque las almas todavía difieren más en sus percepciones que los sentidos. Lo que a unos agrada y consideran virtudes, a otros repulsa hasta la náusea e intentan extirparlo de sus mentes. La existencia, en definitiva, se reduce a un maremagno de opiniones inestables, arremolinadas y turbulentas en las que sólo un iluso prepotente buscaría las bases de un dogma verdadero que las explique, porque no hay nada cierto que se pueda afirmar sin dudas convincentes. Tiene que ser así por obligación, pensaba Antálcidas, sino el mundo sería horrible. Los sonoros ronquidos de Vario sirvieron de coro a sus divagaciones durante el resto de la noche.

Lo primero que observó al abrir los párpados fue la sonrisa bonachona de un soldado que le pasaba un paño mojado por la frente.

—Vaya, el abollado se está despertando. Ya era hora, hombre.

—¿Dónde estoy?

—En el barracón hospital del campamento más olvidado del imperio. Soy el centurión Vario, y ese fideo con barba, con pinta de alma en pena, es el médico Antálcidas de Alejandría, famoso por sus mutilaciones sangrientas y lavados de estómago.



—Vario, cuando tengas gripe, acuérdame que te recete cicuta. Y usted, mire bien mi cara, con los ojos fijos en los míos, y dígame si se mareo.

—Yo me marearía.

—¡Cállate ya, Vario!

El hombre se fijó en la cara del médico con ojos somnolientos.

—No... creo que no me mareo. Pero la cabeza me duele mucho, no la puedo mover... Tengo sed. —Antálcidas le hizo beber un buen trago de agua. No le dio más adormidera porque le quedaba poca y conseguirla era muy difícil por esas latitudes. El paciente no se mostraba confuso en sus reacciones. Aunque le quedase un buen chichón durante bastante tiempo, parecía que se iba a recuperar sin secuelas. Por lo tanto, soportar el dolor de estar vivo le ayudaría a sanar más rápidamente.

—¿Cuánto he dormido? —Aquel tipo se asustó de repente, sujetando el brazo del médico con dedos de ave rapaz, sus mejillas se colorearon de venas granate y parecía tener ganas hincar los colmillos en su codo mientras lo zarandeaba con rabia. Quizá había sido demasiado optimista acerca de su lucidez.

—Parte de la noche y toda la mañana. El sol ya está declinando.

—Me he pasado casi un día de relax esperando la luz de sus ojitos, muchas gracias. —comentó Vario.

—¡Oh, no! Por favor, llamen al que más mande en este lugar, es muy urgente. Ha ocurrido algo espantoso cerca, muy cerca.

—Tranquilo, tranquilo. —Antálcidas agarró su brazo y se lo quitó de encima con alivio. —Ya sabemos a lo que se refiere. Esta mañana, a tres millas de aquí, se han encontrado los restos de tres carros desvalijados y los cuerpos de ocho personas. Acabó de terminar el examen de sus heridas antes de volver. Y es mejor que lo sepa: No se pudo hacer nada por ellas. Siento comunicarle que las bestias que les atacaron no dejaron a nadie con vida. Aunque las muertes debieron ser rápidas, si eso le consuela en algo el dolor de su pérdida. —Antálcidas fue tan directo porque se había dado cuenta que los muertos eran esclavos de rica familia. Vestían todos las mismas ropas de viaje, lujosas pero sin adornos. Aquel hombre no era un cualquiera.

—Lo sé, sentí cómo morían a mi alrededor. Eran buenos esclavos que llevaban sirviendo en mi familia toda su vida. Aquellos hombres se abalanzaron sobre ellos como halcones rabiosos. No dio tiempo a luchar ni emprender la huida. Sólo me acuerdo de caer al suelo, inmóvil, con la cabeza dándome zumbidos. Una maraña de gritos me rodeaban, había



sangre por todos lados, alguien me pisó y cayó muerto sobre mí. Era mi secretario. Dioses, qué cara tenía. Estuve junto a esa cara todo el rato haciéndome el muerto. Cuando noté que se marchaban, oí los gritos de mi sobrina. Se la llevaron con ellos, esos malditos, atada como una esclava, se la llevaron... —comenzó a gimotear histérico tapándose con la manta.

—Tiene que descansar. —Al médico no se le ocurrió otra cosa que decir.

—Menuda historia. Un asalto enfrente de nuestras narices y no nos hemos dado cuenta. Sólo nos faltaba esto en el historial. Pero cómo se les ha ocurrido venir por aquí con una caravana de ricachones. A la gente de estos lugares les vuelven locos las riquezas que están al alcance de la mano y no se cortan a la hora de conseguirlas. Son tan bárbaros como los meledados del otro lado del río.

—¡Más respeto con ese hombre, Vario! —la figura fantasmal del Praepositus apareció en la puerta del barracón perfilada por la luz diurna a sus espaldas.

Publio Cornelio Estatilio, perteneciente a una familia del orden ecuestre de amplia tradición militar, mostraba el aspecto de marcialidad característico de un hombre después de casi seis años de hastío. Mal afeitado, sin la coraza y la espada reglamentaria, sumergido en una capa inmensa de piel de oso que le encorbaba el cuello, parecía un anciano brujo en busca de víctimas para probar sus pócimas. Pero los ojos negros y vivaces, de loco inspirado que nunca se fija en nada concreto más de unos segundos, indicaban una vitalidad agazapada, solamente manifiesta a través de los gestos abundantes de sus manos artríticas, coronadas de uñas largas y retorcidas, que mantenían la gente a una prudente distancia cuando hablaba. No tendría más de cuarenta años, aunque cualquiera diría que aparentaba el doble.

Hermógenes, el ayudante del médico, que estaba calentándose junto al brasero, salió a toda velocidad al refugio de su habitáculo poseído por un miedo descarado. Desde que se había enterado que el Praepositus era un demente en potencia, destinado al mando de aquel campamento para descanso del ejército y en consideración a sus familiares, se escabullía ante su presencia como un topo asustado. La historia del emperador Calígula, que le contaron de pequeño para que se percatara del mundo en que vivía, siempre le rondaba la mente en esos momentos de angustia. Antálcidas sufría una reacción semejante, aunque disminuida, debido al trato a lo largo de los años y a su orgullo cerrado. Sin embargo, al centurión



Vario le caían muy simpáticas sus rarezas. Nunca había estado bajo el mando de un hombre tan divertido.

—Perdone, Praepos. No lo había oído llegar —se disculpó, poniéndose firme, con una sonrisa de oreja a oreja. Sólo él se atrevía a llamarle a la cara de esa manera.

El Praepositus se acercó hasta el lecho del herido con paso solemne. Cuando llegó a su lado, una mano adornada con garras felinas surgió de la negrura de la piel de oso y señaló al bulto lloriqueante bajo la manta con un gesto de dios airado.

—Ahí, donde lo veis, ignorantes contertulios, es todo un senador de Roma.

—¡Un senador! —exclamaron el médico y el centurión al unísono, por una vez en completo acuerdo. Y no era para menos, ya que los patricios de Roma sonaban a mitología por esos parajes de lobos estreñidos.

—Lo dicho. Trebonio Cándido, perteneciente a una de las familias con más abolengo.

El senador pareció serenarse al oír su nombre. Con el ánimo más calmado, se destapó lo suficiente para observar quién había hablado. Lo que vio no le gustó nada. Aquel individuo parecía el típico mago o astrólogo con aspecto estrafalario y de trucos baratos que embauca a plebeyos ignorantes. No comprendía como dejaban entrar en los campamentos a gente de esa calaña intelectual, propagadora de las fantasías de bárbaros desquiciados.

—¿Cómo sabe mi nombre? No me diga que lo ha adivinado mirando pájaros.

—No, que va, no hizo falta. Venía escrito en las fundas de los papiros que quedaron en su carro. Es lo único que no se llevaron los asaltantes. Desgraciadamente, son gente de poco gusto por la lectura.

—Ah, los papiros... Parte de mi colección.

—Sí, ya están a buen recaudo en el pequeño sótano de nuestro Praetorium, sin ningún daño. Como también lo estará su sobrina, se lo juro, cuando la rescatemos de los infames que se han atrevido a secuestrarla. Confíe en la eficacia y disciplina de mis aguerridos hombres. Son unidades veteranas de elite, especialmente preparadas para operaciones de riesgo extremo. Pero antes ha de decirme una cosa de importancia vital sobre su sobrina... ¿Es guapa?

—¿Cómo? ¿Pero usted, quién demonios es?

—Oh, perdone mi falta de modales. —Se inclinó con la cabeza baja y abriendo sus brazos como un murciélago acalambrado. —Ya sabe, la vida en la frontera es un poco descuidada en ese aspecto. Soy Cornelio



Estatilio, de Mantua, como el divino vate que ha cantado nuestros orígenes, Praepositus al mando de este campamento desde el segundo año de gobierno de nuestro augusto emperador. Me complace poder asistirle en momentos de tan íntimo desaliento.

—Dioses, usted es el que manda aquí —el senador Trebonio abrió los ojos desesperado. Ahora recordaba lo que había oído sobre aquel campamento en Carnuntum, antes de proseguir viaje. A veces, los cotilleos son incapaces de superar la verdad.

—Así es. Me encanta comprobar que los próceres del estado todavía entienden de jerarquías militares. Ahora, por favor, si es tan amable de contestar a mi pregunta...

—¿Por qué?

—Si es guapa y de buena figura, los Cuados la tratarán con cuidado, es una buena mercancía para vender al mejor postor, y las probabilidades de encontrarla sana y salva aumentan.

—¿Cuados, aquí? —volvieron a repetir Vario y Antálcidas a coro, con cierto temor. Sus reacciones empezaban a tener un aire común sorprendente.

—Sí. Los bárbaros de siempre, del otro lado de la frontera, los de la Nada. Las huellas que dejaron los asaltantes, en una cantidad que yo llamaría provocativa, se dirigen derechas al Danubio. Por cierto, de camino a la corriente he visto un bonito pajarillo... Hum, perdón... En la orilla, bien marcadas, hay señales de la quilla de un bote pequeño, una cumba, seguramente, y restos recientes de una acampada. También encontramos la lanza de algún idiota despistado, arma inmundada con restos de sangre fresca. Es cuada. Por cierto, hace un día precioso... Hum, y dale, hoy divago de más... Deduzco que ha sido una expedición en busca de botín, desvergonzada y violadora de todos los acuerdos, un ataque intolerable que pagarán caro esas sabandijas barbudas, téngalo por seguro, senador.

De pronto, un temblequeo le recorrió el espinazo de abajo a arriba, al son de un chillido gatuno de su garganta, el índice uñilargo de la mano derecha se le disparó en dirección norte, subrayando maldiciones lanzadas a escupitajos, mientras saltaba de rabia sobre la punta de los zuecos que usaba por botas militares.

—¡Malditos hijos de salamandras! ¡No sabéis con quién habéis topado! ¡Mandaré depilar a todos las cejas para que cuando suden se les aneguen los ojos! ¡Mi crueldad no tiene límites!

—Oh, vaya, otro ataque. Cállese, Praepos. Por los centros del alma. Le va a dar algo.



El senador Trebonio Cándido se volvió a cubrir el rostro con la manta. La tristeza y desesperación de los primeros instantes se combinaban ahora con un nuevo ingrediente de componentes absurdos que convertían la tragedia en un esperpento de pesadilla: Estaba en manos de una panda dirigida por un loco de remate. Por primera vez en su vida, maldecía su afán compulsivo de aparentar una cultura que no tiene y se le escapa, el embriagador defecto de la pedantería, que le había conducido a la chiquillada de ir a visitar al emperador en Mesia, bordeando la frontera del imperio desde la lejana Britania, sin reparar en gastos de viaje y boato principesco, con la única intención de tomar notas para una obra cumbre sobre los bárbaros que pensaba escribir para completar los fallos y carencias de la «Germania» de su odiado Tácito. Si ese adulador, disimulado bajo un barniz de republicanismo políticamente correcto, se las dio de crítico del imperio con su pequeña descripción de los bárbaros de sanas costumbres y recibió las alabanzas de los intelectuales de la capital, él no estaba dispuesto a estar más bajo en la lista de aprecio. Era Trebonio Cándido, poseedor de una de las mayores bibliotecas de la urbe y el orbe, fruto de gastos considerables en busca de la sabiduría, que casi lo precipitan en la ruina económica más paupérrima que pueda imaginar un millonario. Reconocido organizador de lecturas públicas de nuevos talentos en su mansión del Esquilino, animador de todas las tertulias, amigo de todos los escritores de fama, crítico consumado cuya opinión era solicitada como aval del éxito, continuamente adulado, requerido, resaltado, estimado... pero creativamente incapaz. Ninguna de sus obras mereció el aplauso de los entendidos y menos el suyo propio. Se había pasado media vida escribiendo poemas de todo género, desde los líricos, pasando por los epopéyicos y satíricos, hasta que descubrió que las palmaditas en la espalda y las miradas compasivas eran los premios más altos que recibía de la gente que apreciaba. Él también se daba cuenta de que su mente se vaciaba de estupezcos retóricos y de sentimientos nunca vividos en cada estrofa de sus poemas, que sólo podía percibir la genialidad de los demás sin poder demostrar la suya por falta de expresividad, imaginación y, sobre todo, fuerza sincera, malamente disimuladas por un exceso pedante de técnica. No era más que un buen anfitrión para la presentación de los triunfos ajenos. Pero todavía no se resignaba a ser un erudito sin poder de creación. El ocio de su vida debía dar algún resultado del que poder mostrarse orgulloso o, por lo menos, sentirse realizado. Aquella narración histórica y etnográfica sobre los bárbaros arreglaría de una vez por todas la cuenta pendiente consigo mismo. Si no podía ser otro Horacio sería un pequeño



Tito Livio. La seriedad de la prosa descriptiva es el mejor medio para desarrollar el poco talento de que le ha dotado la naturaleza. Su profundo archivo literario, la amplia variedad de citas apiladas sin sacar provecho en su memoria, se aviene de amores para el adorno de los párrafos repletos de nombres extraños y pintorescos, cargados de un exotismo bárbaro muy del agrado de los críticos de la sociedad decadente en la que intuía, inconscientemente, que le había tocado vivir. Su obra superaría con creces los pocos detalles que habían llevado a Tácito al reconocimiento público, sería enciclopédica, exhaustiva, más convincente; explicando todos los aspectos posibles de cada pueblo de más allá de la frontera con las truculencias necesarias para enganchar a los auditorios propensos al aburrimiento, que tan bien conocía de las noches de lectura públicas en su jardín.

Llegado el caso de que careciese de datos sobre algo en concreto, inventaría de forma lógica pero descarada, allí donde la información se revolviera en dudas, rituales esperpénticos y crímenes de atrocidad bestial, sin dejar de añadir, acerca de las costumbres infames y los hechos escabrosos de los salvajes incivilizados, comentarios personales de loa a la cultura romana, que son los verdaderos creadores de interés y escuela de seguidores propagandistas.

Para algo tenía que servirle de inspiración la monstruosa biblioteca, desparramada por varias habitaciones, que aumentaba todos los meses con aportes carísimos de las cuatro esquinas del imperio. Trebonio Cándido había encontrado la manera de triunfar y se aplicó con fanatismo a la tarea sin salir de su mansión durante un par de días recopilatorios e imaginativos. Los primeros capítulos, leídos en una sesión de lectura preparada con mimo y buenos entrantes, atrajeron enseguida el gusto de sus conocidos, personas de valía en el arte del cotilleo, que propagaron el cambio del mecenas fracasado en historiador innovador por los corrillos más selectos de la capital.

En unos días, el barbarismo se puso de moda entre los vanguardistas y la gente deseosa de últimas modas que alimenten su vacío. Otros escritores le pedían datos para sus obras o se dedicaban a criticarle con aspereza en las tertulias de intelectuales. El que más ladraba de todos era Tácito, signo inequívoco de que al fin triunfaba en grado notable. Los autores que apreciaba de veras ya no lo elogiaban cuando los recibía en su casa, como hacían antes, por su protección de las letras, sino que lo trataban con un respeto cercano al de maestro de saberes; y los aduladores, que atiborraban su vestíbulo de gritos, tenían a partir de ahora, al fin, una excusa real



para alabar el mérito de su generoso anfitrión. La guinda del éxito fue la petición del emperador, interesado por la complejidad hueca, pero efec-
tista, de sus escritos, de que realizase un viaje de reconocimiento por la
frontera para poder desarrollar mejor su obra en los capítulos referidos a
los bárbaros del norte, ya que necesitaba una fuente importante de infor-
mación de cara a campañas militares futuras. Esta solicitud de ayuda sig-
nificaba la concesión del título de sabio ante todo el mundo. Cándido
todavía recordaba el aplauso de toda la alta sociedad cuando rehusó la
escolta que le proporcionaba el emperador y decidió viajar con sólo su
equipo básico de criados y la compañía de su querida sobrina. Un gesto
estudiado de republicanismo nostálgico muy acorde con la imagen de se-
nador cultivado que era su divisa hasta ayer por la tarde. Si Tácito no lo
hubiese picado en público, llamándole vendido al poder absoluto si acep-
taba la escolta, ahora no estaría en manos de la hez de la soldadesca, ni su
sobrina estaría en manos de bárbaros asesinos, o peor aún, no quería ni
imaginarlo.

Pensándolo bien, seguramente ese perro tenía que ver en el asalto a
su comitiva, pues no era más que un envidioso cruel, un chupatintas dis-
puesto a todas las artimañas para quitar de en medio a un genio superior
en talento. Peores cosas se habían visto. El mundillo de la cultura es una
jungla de almas retorcidas con el prójimo, bien lo sabía por experiencia.
Algunas llegan a las mayores sordideces en la búsqueda del éxito fácil que
las encumbra o devuelve a la fama. Tácito entre ellas. Porque era el culpa-
ble, ahora estaba claro, de aquella desgracia infinita que lo asolaba. Tenía
que ser él. Los bárbaros que se habían llevado a su sobrina sólo pudo
enviarlos su envidia desatada y los celos de escritor abandonado que le
carcomían las entrañas. Pero su plan no tuvo el resultado esperado, el
senador Trebonio Cándido seguía vivo y encima clamaba venganza bajo
su manta de convaleciente. Ahora, habiendo sobrevivido a la conspira-
ción y descubierto el complot, se sentía mucho más aliviado y lleno de
vida. Podía pensar.

—¡Praepositus! —Bajó la manta de su rostro con un gesto de rabia.
—Le tomo la palabra, déjese de saltos. Libere a mi sobrina de las garras
de esos animales cuanto antes. Mande todos los hombres necesarios tras
ellos, los que hagan falta. Han pasado muchas horas, pero todavía están a
su alcance al otro lado del río, no se separarán hasta repartir el botín. —Recor-
daba haber leído esa costumbre de los bárbaros en alguna obra griega o,
quizás, le surgía ahora de la cabeza porque era lo más lógico. —Conozco
muy bien el origen de este campamento, su fama de inútiles o pendencie-



ros exiliados, dirigidos por un chalado... perdón, tipo peculiar, me la llevan contando desde la Germania Superior. No pensaba hacer parada en este lugar, iba a proseguir mi viaje por la calzada hasta Arrabona. Pero ahora no me quiero creer lo que dice todo el mundo de la frontera, el imperio no puede haberles reducido a un campamento estercolero. Esta es su oportunidad, Cornelio Estatilio, de redimirse de una maldita vez, usted y todos sus hombres. Les he caído del cielo a la fuerza. Demuestre que valen y saldrán de aquí después de seis años, palabra de senador de Roma. Recuperen a mi sobrina y abogaré por ustedes ante el mismo emperador. Y a mí me escucha, por supuesto.

El Praepositus se soltó de los brazos de Vario y miró al senador.

—No hace falta que lo pida como si nos hubiéramos olvidado de nuestro deber. Mandaré a mis mejores hombres tras esos cuados del infierno y un mensaje a Carnuntum a través de las atalayas de la frontera informando del suceso. Salvaremos a su sobrina, senador. El rescate de doncellas en peligro no tiene secretos para mis hombres. El tiempo perdido no es problema. Vamos, Vario.

Los dos salieron del barracón con paso marcial. El Praepositus silbando una marcha militar que el centurión intentaba seguir en un dueto poco afinado y socarrón. Aun así, aparentaban mucha firmeza en la tarea a realizar.

—Aquí no son tan inútiles como le han contado, excelencia. Hay rarezas en cantidad, se puede decir que cada soldado de centuria habitante de este campamento es inclasificable, y algunos hasta dan miedo o parecen estúpidos por las historias que les han traído a este infierno. Pero no he visto nadie en los casi seis años que llevamos en este sitio que se quejase en público del castigo o se mostrara rebelde a las órdenes. Siguen siendo legionarios a su manera. Reconozco que ustedes deben preparar sus soldados a conciencia, porque nunca olvidan lo que son en ningún momento, por muy lamentable que sea. Así que, crea en ellos cuando le prometen algo, senador. Harán todo lo que puedan y mucho más, si es necesario. —Tan pronto acabó de decirlas, Antálcidas se sorprendió de pronunciar estas palabras en defensa de la pandilla de brutos con que compartía su vida. Increíblemente, empezaba a sentir un cierto aire de compañerismo militar de lo más típico. El clima, con su humedad disgregadora de los elementos, debía afectar su cerebro.

—Médico, ¿Usted es griego, verdad? —El senador lo miró con compasión.



—Sí, de Alejandría.

—Ya, es extraño.

—Es una larga historia, senador. No pienso contarla, nunca lo he hecho.

—No, si su vida me importa un bledo. Lo que quiero decir es que me extraña su defensa de lo que le rodea. No me trate como un niño, sé dónde estoy, esos dementes probablemente no conseguirán nada, pero es lo único que tengo para ayudar a mi sobrina, el último gesto que puedo hacer por ella aunque apenas tenga sentido. No la volveré a ver más... es una mujer tan dulcemente insoportable que los bárbaros la habrán vendido ya... o matado, y quizá yo también muera en este maldito antro. Oh, dioses.

—De eso puede estar seguro que no, excelencia. —Pero el senador no le oyó. Con mirada ausente, comenzó a recitar maldiciones por lo bajo, apretando los dientes, sobre un tal Tákitos comedor de papiros o algo parecido, hasta que se perdió en una mezcla de gruñidos perrunos, muy agresivos y faltos de lógica, deduciendo Antálcidas que la emoción de los últimos momentos había sido excesiva y le empezaba a originar confusión de conciencia.

—¡Hermógenes! Trae el compuesto de adormidera. Creo que será mejor utilizar una pizca.



HÉROES DE LA CIVILIZACIÓN AL RESCATE Y UNA LECHUZA ENRABIETADA

El día era gris ceniza y húmedo, como es por escalofriante costumbre durante todos los inviernos de frontera, aunque el punto blanco que intentaba asomarse entre las nubes anunciaba, dentro de su timidez, que el sol ya velaba armas para su próximo ejercicio de rejuvenecimiento primaveral. Los tejados de madera de los barracones se recubrían de sábanas de rocío, que ocupaban el sitio de las pesadas capas de nieve del mes de Febrero, mientras el barro temprano comenzaba a brotar del suelo en ondas revoltosas, bajo la sombra de los aleros, animado por el ligero aumento de la temperatura. Los momentos de tiritar se estaban acabando, pronto regresarían los mosquitos y el croar insoportable de las ranas nocturnas en las charcas del bosque, fuentes de amargura sonora para la guardia del centinela más optimista.

El Praepositus Cornelio Estatilio y el centurión Vario se encaminaron hacia una pequeña cabaña de madera, la única cubierta de tejas, cercana al ara de piedra mal labrada que señalaba el centro del campamento.

Después de saludar de forma mecánica al soldado de guardia, que no les hizo mucho caso en su aislamiento somnoliento, entraron por una puerta elevada sobre dos escalones mal alineados que nunca se arreglaban por pura vagancia. Su interior era un ejemplo de austeridad notable para ser el Praetorium o casa del comandante del lugar. El mobiliario se limitaba a una mesa llena de tablillas para escribir, estilos rotos, hojas de pergamino sueltas y un par de sillas de escolta a cada lado. Varias lámparas de aceite suspendidas de las paredes daban la impresión de que la luz no escaseaba por las noches, pero como el aceite en la frontera de Panonia es un objeto de lujo, se encendían muy de vez en cuando y sin abusar de la llama. Un brasero de bronce ennegrecido por el uso, donde un Apolo bizco en relieve intentaba dar caza a una Dafne regordeta, en un jardín de sicomoros, aunque daba risa por lo patético de la escena, parecía el objeto de más valor y utilidad de la estancia. Cerca de la mesa, una puerta estrecha daba paso a un dormitorio encogido con aspecto de celda cavernosa, al que sólo le faltaba el cartel de completo para los murciélagos. Una tram-



pilla en medio de la estancia llevaba a otra más pesada, la entrada de un pequeño sótano excavado en tierra que hacía las funciones de tesoro del campamento y almacén de curiosidades.

El centurión Vario dio un taconazo sobre ella y se sentó en una de las sillas a la espera de que el Praepositus dejara de dar vueltas por las sombras de la habitación como un alma en pena. Parecía eufórico.

—Vario, Vario. Hum... Este quizás sea el perdón de los dioses a nuestro destierro. La oportunidad de la gloria liberadora. —Sus ojos chispearon de forma profética. —El traslado, y no sólo eso. También una gratificación que nos quitaría de la memoria y metería en un olvido reparador los años pasados en este paraje de lobos estreñidos y lechuzas chillonas. El emperador nos llamará para pelear en su segunda guerra en Dacia... saquearemos, peharemos, aumentaremos los ingresos, veremos lindos pajarritos... Al fin estamos en el buen camino.

—Alto. Serene la lengua, Praepos. Todavía no hemos hecho nada. Lo más seguro es que a esa pobre chica la hayan violado y destripado bajo algún roble. No me creo su teoría de que busquen rentabilidad vendiendo sus gracias.

—Vamos, Vario. Habríamos encontrado su cuerpo a este lado del río. Para qué se iban a molestar en llevarla a la otra orilla. Tenían toda una noche para hacerlo antes de que se descubriesen los restos de la comitiva del senador. Y los bárbaros son gente que no les gusta esperar cuando hay placeres por medio.

—Pse... yo no lo veo tan claro. Pero allá usted con sus decisiones. Algo tendremos que hacer para contentar a ese aristócrata. —Puso los pies con indolencia sobre la mesa para estar más cómodo.

—Ten fe, Vario. Siento que las divinidades se han decidido a actuar a nuestro favor, es el momento, ah, qué bonito día hace... y quita los pies de ahí, caray. A partir de ahora estamos en alerta. Hay que elegir a los hombres para la misión de rescate en la Nada Verde, inmediatamente. El tiempo vuela en nuestra contra. —De un salto se plantó en la puerta y despertó al centinela con un par de manotazos en el casco. —¡Llama a las tubas! ¡Qué toque reunión general, ahora mismo! ¡Es la guerra!

—Cómo... si hoy no toca maniobras. —contestó adormilado.

—¡Tubas y trompetas a toda caña, soldado! En dos suspiros que se reúna todo el campamento aquí delante. Ya.

El centinela se temió que le había caído encima un típico ataque delirante del Praepositus, de esos insospechados que sufre de repente y,



que por fortuna, le pasan en pocos instantes. Pero para evitarse problemas mayores de indisciplina con un superior, se largó a toda prisa a la caza del primer músico despistado que viese por los callejones del campamento.

Desgraciadamente, tras indagar por todos los rincones apartados, estirando el cuello y cabeceando como una grulla en celo, sólo pudo encontrar al corneta Décimo, que estaba limpiando la trompeta de sus sueños a la puerta de un barracón, mientras hacía tiempo hasta la hora alegre de la cena. Era el peor solista y el más rompedor acompañante musical del ejército desde la invención de los instrumentos de viento. Sin embargo, disfrutaba en cada intento con una inocencia libre de toda culpa.

—Décimo, el Praepositus quiere reunión ante el Praetorium. Venga, a tocar la serenata.

—Anda con el César del Danubio. No me digas que se le ha ocurrido otra de sus tonterías maniobreras de última hora.

—A saber, está un poco nervioso. Tú toca y no asustes mucho a la gente.

—Bah.

En más tiempo del que se tarda en dar dos suspiros, pero no tan tarde como para desesperar al Praepositus impaciente, un grupo de legionarios medio dormidos de la siesta vespertina y bastante molestos por lo inoportuno del llamamiento, se juntó al son de los chirriantes pitidos del corneta Décimo, en la explanada que hacía de foro de reuniones del campamento. Abridados con pieles y mantas de diferentes colores, buscaban la manera de ordenarse en filas por centurias y pelotones, con movimientos desganados que se adornaban de maldiciones hacia la rompedora corneta, el corneta en sí, la disciplina militar, el clima panonio, la madre de todos los oficiales, el puñetero ejército en general y hasta el destino cruel de los hombres que les había llevado a tal galimatías de posiciones. Pero pasado algún tiempo, y después de un relativo desorden y bastantes tropiezos fuera de lugar, todos los soldados del vexillum que no estaban de guardia formaban en posición de descanso chulesco, frente a la paternal mirada de su comandante, sonriente de oreja a oreja.

A su lado, los tres centuriones del campamento: Vario, Festo y Reburro, observaban a su superior, un poco sorprendidos los dos últimos, aunque las varas de higuera, que son el símbolo de su rango, tiesas y firmes en sus manos derechas.

—¡Soldados!

El Praepositus se había subido a una de las sillas de su oficina y adoptado el gesto de estatua republicana de orador erigida en un foro de pro-



vincias. Lo hacía con estilo bien estudiado; enrollando de forma teatral el borde de su pesada capa en torno a un brazo, mientras con el índice del otro señalaba con autoridad condescendiente la inmensidad gris sobre su cabeza.

—Durante estos años de infausto recuerdo, las penalidades y sufrimientos continuos han sido el pago de nuestro esfuerzo sin parangón por defender la civilización de sus envidiosos enemigos (gestos de aburrimiento entre el auditorio). Sin embargo, los dioses parecen haber oído mis súplicas sinceras a favor de una oportunidad más de demostrar nuestra aplicación a esta tarea y nuestro deseo de agradar al emperador en cualquier problema que surja en la frontera. Ayer mismo, un senador de Roma, nada menos, ha sido objeto del ataque inhumano de un grupito de bárbaros descontrolados que se ha atrevido a cruzar el Danubio, a pocas millas del campamento. Sufriendo, además, la inconsolable pérdida de su bella sobrina, secuestrada por esos desalmados monstruos, para saben los dioses qué oscuros propósitos. Hum... Resumiendo, soldados de Roma, esto es un ultraje a nuestro honor, a la civilización romana y al mismo emperador ¿Permitiremos este atropello? (Silbidos, abucheos y gritos de a mí que me importa) Así me gusta soldados, que se os inflame la sangre de rabia y el deseo de venganza aflore de vuestros pechos endurecidos. Porque, no sólo esta vez interesa salvar el honor militar, sino que el hecho de recobrar a esa doncella cautiva de sus miserables captores hará que la gracia del emperador acaricie vuestros destinos de nuevo. Acaso no entra en vuestras molleras que es el camino al salvoconducto para salir de este paraje de lobos en que os ha sumido la mala suerte. (Gestos de interés y algunas caras alegres). Porque, es fácilmente deducible, que el rescate de esa mujer abre las puertas del deseado traslado a una situación más acorde con nuestras posibilidades, quizás, aunque sea un poco presuntuoso decirlo, junto al mismísimo emperador, en la nueva guerra contra la Dacia que nos afila los colmillos cuando oímos hablar de ella a los mercaderes. Imaginad el botín que nos apropiaríamos, las recompensas y condecoraciones por la victoria, el desfile triunfal a la vuelta en las calles engalanadas de Roma, los ascensos, los nuevos destinos en campamentos de verdad, las mujeres a vuestro alcance... ah, las mujeres. (Gritos de ánimo y felicidad desbordante). Así me gusta, ese ímpetu es lo que quiero en mi campamento. Escuchad ahora mi plan de rescate: mandar pocos hombres bien preparados, que crucen el río cuanto antes y sigan las huellas de los bárbaros, hasta dar con ellos felinamente. Luego, liberan a la chica en un veloz ataque por sorpresa, propio de la elevada técnica de combate de nuestro ejército, y



vuelven a casa tan felices por donde han ido. Todo con gran rapidez y sigilo, sin que se enteren el resto de los bárbaros, o se podría armar un conflicto no deseado en toda la frontera ¿Qué os parece? (Voces de apoyo y conformidad, junto a comentarios burlescos alabando los méritos de su capacidad estratégica). Bien, soldados. Brío desbordado es lo que contemplo. Como esos salvajes ya nos llevan alguna ventaja, no se puede perder más tiempo en pormenores, así que, sin más preámbulos, ¿Voluntarios para la gloria? (Silencio sepulcral, toses disimuladas, rostros que se miran entre sí). Ya, la típica timidez de los héroes. Bueno, pues... el centurión Reburro de jefe de misión. Que lo acompañen... Tú, griego, el de la capa verde. Y el del fondo, el centinela que estaba hoy en el Praetorium, aquel que se escabulle tras los demás, sí Lucas, tú, no te escapes. Ya van tres, basta uno más... pito, pito, coloritooo... ajá, Marco, el que encontró al senador. (Cadena de suspiros de alivio y risas nerviosas entre el resto de la tropa).

—¿Yo, sólo por eso? —Marco miró incrédulo y asustado al Praepositus. —La madre que...

—¡Praepos! Por los centros del alma. —El centurión Vario, que estaba a su derecha, le tiró del borde de su capa. —¿Usted cree que mandar a cuatro tipos es suficiente? Los cuados deben de doblar ese número, por lo menos, y les encanta liquidar legionarios en desventaja.

—Son suficientes, Vario. Mis hombres valen por muchos de esos melenudos arrogantes. Además, va tu colega Reburro en el grupo. Bien lo conoces.

—Ya, pero es arriesgado, entienda. Sólo cuatro, no tienen apenas posibilidades en la Nada.

—Vario, basta ya. No acepto posturas catastrofistas en mi campamento. Y menos delante de la tropa en formación. Compórtese como un oficial, hombre. ¿Y tú, qué quieres? —El centurión Reburro había levantado su brazo derecho, ceñido con una muñequera de cuero adornada con puntas de clavos medio oxidados. Un viejo recuerdo de la Germania Inferior.

—Praepositus, pido poder llevarnos a Lykos en esta misión.

—¿A Lykos? Bueno, si lo cree necesario se lo concedo. Pero que vuelva tan sano como se vaya. Tengo cariño a ese animalillo. —Se agachó hasta casi tocar los morros de Vario. —Ves, ahora ya son cinco.

—Pero...

—Vale, todo concluido. Bravos soldados, que se apresten los elegidos para afrontar su destino heroico. Los encargados del establo, vayan a bus-



carles monturas apropiadas y bien equipadas. Tienen que salir ya, esos bárbaros se escapan a cada instante con nuestro perdón imperial. Aprisa, aprisa. Y tú, Décimo, toca fin de asamblea.

—No puedo. Mire, el animal de Marco me ha roto la trompeta. Está fuera de sí, es un incontrolado antimusical, un energúmeno.

—Por Hércules, eso es ansia de victoria. Qué fuerza.

—Mi trompeta, yo la quería de verdad... nos queríamos.

—Hum... La vida del legionario está llena de privaciones, muchacho.

Ante la silla del Praepositus, con el compungido Décimo sentado en la melancolía a sus pies, el campamento se sumió en un ajeteo desconocido desde hacía años, pero que renacía de nuevo empujado por todas las esperanzas surgidas en los sueños de traslado en las mentes de decenas de soldados. Desde su posición de altura, Cornelio Estatilio se divertía dando órdenes a diestro y siniestro, mientras consideraba seriamente la idea de convocar asambleas todos los días, a partir de ahora, para disfrutar del gozo de subirse a una silla y observar, de aquella forma prepotente, la vida moviéndose bajo sus botas, reunida en puñados de hormigas frenéticas. Se lo pasaba en grande con la gente de aquí para allá, siguiendo la prolongación de sus brazos delirantes, según le surgían de la cabeza caprichos sin mucho sentido con la misión, vociferados por puro placer de ser obedecido, vanidoso e infantil, desde el delirio altivo de su encumbrada situación; como suministrar cantimploras de cerveza a los expedicionarios o dotarles de cubiletes por si había que jugarse, en última instancia, el rescate de la bella doncella a los dados. Una larga serie de preceptos disparatados que brotaban a ráfagas de su boca, hasta que la imaginación le dejó huérfano de mandatos y rodeado de silencio, pudiendo de esta manera acabarse de preparar la misión en apenas unos instantes, sin hacer caso de más tonterías, y los elegidos, exceptuando el centurión Reburro, esperar pacientemente sobre sus monturas la orden de marcha frente a su silla inspiradora.

Uno de ellos, el desafortunado centinela del Praetorium ese día de autos, llamado Lucas, acariciaba uno de sus amuletos colgados del cuello, mascullando improperios a la mala suerte y otros más escondidos a la caricatura de estatua con pedestal que tenía enfrente. El de la capa verde, a su derecha, leía un pequeño papiro con expresión de recogimiento, casi orando las frases, mientras su caballo mordisqueaba un audaz brote de hierba que había escogido un mal lugar para presentarse al mundo. Más esquinado, el enfurruñado Marco se deshacía en gestos



mudos nada difíciles de descifrar. Sumido en la desesperación por la fatalidad de su destino, buscó consuelo y sentimiento de solidaridad en el hombre de la capa verde.

—Menuda misión de narices. La que nos ha caído encima, ¿eh? —Ni caso. —Oye, ese papiro te deja sordo o qué, te he preguntado algo.

—No me has preguntado nada. Has afirmado lo evidente.

—Oh, Gran Madre. Creo conocerte. ¿Tú eres el filósofo, ese griego de las frases rebuscadas que se lleva tan mal con el médico?

—Sí y no son las palabras más antiguas y simples, pero que requieren más reflexión. Y no, no me llevo mal con Antácidias. Simplemente es un pobre escéptico que no acepta mi crítica basada en el libro de Colotes *De cómo no es posible la vida siguiendo la doctrina de ciertos filósofos*.

—De espanto. Esta misión va a ser un infierno.

—Silencio, soldados. —El Praepositus estaba pensando un emotivo discurso de despedida antes de largarlos y necesitaba meditar.

En ese momento, apareció el centurión Reburro acompañado de Lykos, el lobo del campamento. Hacía tres años, cuando era un cachorro muy joven, lo habían encontrado en el bosque durante una patrulla rutinaria, herido y casi muerto de hambre, pero todavía con ganas de gruñir. Desde aquella, se había convertido en la mascota feroz del campamento. Todos le cogieron cariño como símbolo de buena suerte y Lykos creció mimado entre ellos, hasta alcanzar un tamaño lobuno considerable y acabar identificándose como miembro de una manada muy singular y ruidosa. Cualquier persona que no llevara alguna pieza del traje legionario sufría un acoso de gruñidos en el mejor de los casos, un mordisco en el medio y un intento de ser descuartizado en el peor. Varios visitantes ocasionales ya habían pasado por ese trance, gracias al cual la fama del campamento por las calzadas del imperio aumentaba con historias de jaurías asesinas, que devoraban a los despistados ante la mirada sádica y complaciente de los legionarios. El jadeante Lykos, ajeno a las críticas que sus víctimas hacían de él por las posadas, alzaba alegre la cola, mientras olisqueaba el cinturón de cuero de Reburro, engalanado con los mismos adornos de puntas oxidadas que cubrían su muñequera. También olisqueaba en el aire que pronto saldrían de caza mayor y estaba muy contento.

—Bueno, ya estáis todos. Antes de ordenar vuestra marcha tengo que avisaros que los pensamientos de la fortaleza entera estarán pendientes de vuestros hechos y rogarán a la multitud de dioses que pueblan los cielos y



la tierra que extien... pero, parad... ¿Eh? —El Praepositus se quedó cortado en el momento que embalaba su discurso. Reburro había montado en su caballo y ordenado avance sin la menor consideración a sus palabras.

—Hay prisa, jefe. Usted lo dijo. Así que no de la lata. —Se pusieron en marcha, dándole la espalda, en dirección a la salida del campamento que llevaba al río.

—¡Qué! Es un desplante a un oficial con toda la cara. No me subo a una silla para esto. Os voy a meter un puro de cuidado como no me traigáis a esa chica, y aun así pagaréis cara vuestra osadía y odio a la retórica refinada, que yo no olvido las afrentas. ¡Berzas! —Se puso de puntillas sobre sus zuecos, llevado por la rabia, y casi se cae si no fuera porque lo sujetó Vario a tiempo.

—Praepos. Ya conoce a Reburro. No le gustan las palabras ni la pérdida de tiempo. Acuérdesse, si su centuria está aquí es por mantear en público a unos burócratas imperiales que hablaban demasiado.

—Ya, ya. Pero me siento tan inspirado sobre esta plataforma. Bueno, qué se le va a hacer, un día tan bonito desperdiciado. Décimo, toca una melodía de despedida a nuestros héroes.

—¿Con qué? No te fastidia con el Cicerón. —Su tristeza por la irremediable pérdida de la trompeta se había convertido en rabia existencial.

—Pues tararea algo, hombre. No seas soso.

Mientras salían del campamento, el corneta Décimo silbó, enfurruñado, una melodía fúnebre a sus espaldas. Los demás soldados, subidos a la muralla y taponando la entrada, corearon jubilosos sus nombres cuando cruzaron el foso, dándoles ánimos para la empresa suicida, al ritmo de aplausos y palmadas a sus monturas; no parando de jalearlos, hasta que no fueron más que unos puntos de color perdidos colina abajo en dirección al río. El centurión Vario, desde lo alto de una de las torres que flanqueaban la entrada, aconsejó entonces organizar una fiesta para ganarse, con abundantes libaciones, ya que faltaban chicas, el favor de los dioses para aquellos valientes compañeros, que arriesgaban sus vidas por el bien común. Consejo que recibió un grito de conformidad de decenas de gargantas sedientas de vino y juerga.

Las murallas se quedaron pronto vacías y todos se fueron a preparar el banquete propiciatorio que duraría lo que quedaba del día y gran parte de la noche. Sólo siguió Néstor en la puerta, otra vez de guardia con su inseparable resfriado, y el médico Antálcidas, que contemplaba como se



alejaba en el horizonte una improbable esperanza bajo un sol anaranjado de cansancio.

—Médico, cree que lo conseguirán ¿Verdad?

—Yo no creo nada. Están todos locos. —Antálcidas giró en dirección a su hospital. —Locos de remate, como cabras.

—¡Achis!

A unas cuantas millas de allí, junto a la orilla del Danubio, las sombras del atardecer ya señoreaban la espesura del bosque ribereño y los animales diurnos comenzaban a refugiarse en sus madrigueras, después de sobrevivir un día más a los avatares de la naturaleza. Tan bucólica para los poetas urbanos pero rastrera e hija de mala madre para las alimañas que les toca vivir en ella.

Como ese ratón con problemas de dirección que avanza entre los restos de ramas derrumbadas por viejas tormentas. El pobre no se percata de que a esas horas las lechuzas ya están al acecho de los incautos trasnochadores, y que sus diminutas patas lo conducen bajo la rama de la más avezada cazadora de las intermediaciones. Es una presa tan fácil, que la vieja lechuza, tras un descenso rápido e invisible, la agarró con desgana. Luego planeó en busca de una rama cómoda dónde comenzar el festín.

Después de unos bocados voraces, como buen ave rapaz que se precie, y cuando le quedaba por engullir sólo la cola carnosa, pendoneando juguetera en el pico, el aire de la noche frente a su árbol se cubrió de repente con una bruma luminosa y espesa, que empezó a aumentar de brillo en un torbellino de chispazos alocados en todas direcciones, hasta iluminar las sombras ocultas del bosque con una luz más cegadora que el sol de mediodía; despertando a las criaturas diurnas de su letargo en medio de chillidos, graznidos, gruñidos y cacareos histéricos, que llevaron la revolución al tranquilo bosque de nuestra lechuza en menos de lo que tardó en tragar el mordisco que tenía en el pico.

Estupefacta, hipnotizada y paralizada de asombro por el fenómeno visual que le obligaba a entrecerrar los párpados, con la cola de su presa colgándole rígida del pico, durante un instante de duda estuvo a punto de vomitar de espanto y escapar plumas al viento de aquel alucine de brillo inexplicable que asomaba a sus ojos.

En la mancha de luz, bien se intuía como una figura difusa, de aspecto desconocido, iba adquiriendo forma y surgía de la luminosidad como la abeja de una flor cerrada por la lluvia; envuelta en un aura de colores



fluyentes que se difuminaban en vapor, según la figura ganaba consistencia y volumen en su contacto con el aire frío de la noche. La lechuza, llena de curiosidad, estiró el cuello buscando enfocar aquella aparición escandalosa fuera de sentido, cuando, de pronto, la luz parpadeó enloquecida por un ritmo frenético y, pocos instantes de frenesí después, desapareció con un chasquido agudo, casi ensordecedor, acompañado de un fuerte vendaval de cara que atravesó el bosque rebosando de furia a su paso. Las garras de nuestra lechuza se aferraron con tenacidad a la rama de su árbol para no ser arrastrada hacia las nubes, mientras sus plumas se estiraban felinamente desde la raíz a la cima. Dos cuervos, con menos fuerza en sus patas para sujetarse, pasaron sobre su cabeza arrastrados por la corriente, graznando despavoridos con las alas revueltas, hasta que el sonido de un golpe seco de madera anunció el fin de su viaje contra un tronco cercano. Luego, de inmediato, la querida normalidad retomó las riendas del bosque. El silencio y oscuridad volvieron al mismo tiempo, como si no hubiese ocurrido nada, exceptuando algunas ramas rotas por el viento y chillidos fuera de tono de los animales todavía nerviosos entre la espesura.

La mirada del ave tardó un poco en acostumbrarse a la oscuridad renaciente, pero enseguida centró su atención en la figura que estaba de pie donde unos segundos antes no había nadie. Era increíble. ¡Un bípedo sin plumas! Pero a qué límites podían llegar aquellos seres delirantes en la realización de sus estupideces. Ahora les daba por alumbrar la oscuridad de toda la vida y soplar vientos de tormenta por los bosques, para que los pobres cazadores nocturnos acaben muertos de hambre, sin un miserable saltamontes que llevarse al buche o al estómago, siempre infinito, de sus crías.

Ante tal barbaridad, el instinto se incendió de llamas enojadas, la timidez y retraimiento propios de su especie saltaron por los aires. El efecto, en su cerebro limitado, del fenómeno insólito que acababa de presenciar, sumado a la rabia y el miedo acumulados durante décadas a los bípedos desplumados, rompió todas sus barreras de autocontrol, producto de millones de años de sabia evolución.

Enajenada por completo, presa de miedo e ira, de un potente empujón saltó desde la rama, planeando en picado sobre la víctima y causa principal de su trastorno. Con los ojos, ya de por sí enormes, girando en sus órbitas como derviches perdidos en el delirio místico, se colocó sobre su cabeza y empezó a descargar picotazos y arañazos en cadena, con la valentía y agilidad del maníaco convencido, dispuesta al mayor sacrificio por la causa de la animalidad.



—Aa, ay, ay —gritó el Dr. Gaos presa del pánico y el dolor.

Echó a correr bosque adelante en busca de refugio del acoso aéreo que lo martirizaba. Estaba confuso y no comprendía nada. Dónde diablos había ido a parar. Aquello parecía una jungla. Enfrente de él, dos cuervos bailaban bajo un árbol dando giros como zombis y una cosa con plumas y ojos endemoniados quería matarlo a picotazos en la cabeza. Qué locura. Vio claridad a lo lejos. Una salida. Tenía que salir de allí antes de que lo mataran; se arañaba con los arbustos y tropezaba con las raíces, cayendo de bruces y levantándose con la torpeza de un oso borracho, mientras resoplaba lastimosamente y suplicaba al cielo una piedad imposible. Pero pasado un rato, cuando el Dr. Gaos ya pensaba que había dejado atrás la lechuza y frenaba su carrera chapucera, el ave decidió volver a la carga en picado sobre la tranquilizada víctima; con saña y encarnizamiento, deseosa de tumbar definitivamente a su primer ejemplar bípedo.

Sin embargo, esta vez descuidó la precaución de todo buen cazador, llevado por su obsesión destructiva, y dos manotazos defensivos del Dr. Gaos dados a la desesperada, la empujaron contra un tronco en picado de cabeza y sin poder enderezar el vuelo. El golpe le provocó un desfile de chispas dentro de los ojos y la aturdió lo suficiente como para perder contacto con su presa.

Mientras la lechuza se perdía dando giros bosque adelante, no se percató de la figura agarrada a un tronco en posición simiesca, que sobresalía de la orilla. El Dr. Gaos, poseído por el miedo y la incompreensión de lo que sucedía, había vuelto a correr tras el segundo ataque, sin enterarse del daño que sus manotazos defensivos habían infringido a la lechuza maníaca. La claridad que había divisado entre la penumbra no era más que el Danubio pintado de naranjas por el sol del atardecer, por lo que cayó de bruces sobre sus aguas al salir a su encuentro de una manera, por decirlo suavemente, bastante apresurada.

Menos mal que un tronco torcido por los años le sirvió de asidero en medio de su caída a la desesperación fluvial, sino el susto del chapotazo y consiguiente inmersión acabarían por hundirlo, irremediamente, en las profundidades de la corriente por causa de su ignorancia de las más elementales artes natatorias. Odiaba las piscinas desde niño, y no digamos cualquier otro paisaje natural parecido. Además, su mochila Temporalia podría dañarse al contacto con mucha agua o por el golpe de la planchada contra el río. Se había salvado, por tanto, de provocar un cataclismo cósmico, llevado por su nerviosismo, gracias a la punta de sus dedos y



reflejos de gato salidos del puro miedo, junto con el barniz de una capa de buena suerte que en el último momento le había ayudado a sujetarse al tronco.

Sin embargo, quitando aquel logro fugaz, era evidente que las cosas no empezaban con buen pie desde el principio, y cuando no llevaba ni cinco minutos de estancia en el pasado, ya se encontraba en peligro mortal y con arañazos por buena parte de su cuero cabelludo. Encima, ahora que, colgado en el aire sobre las aguas, podía fijarse en el entorno, el pasado que le rodeaba no era ni mucho menos el esperado. En qué se podía haber equivocado, no lo entendía. Tenía que aparecer en medio del campamento, poco después de su abandono, y no en la orilla boscosa de un río habitado por un pájaro rabioso. El asunto necesitaba de una reflexión profunda, y si era menester, autocrítica.

Pero las divagaciones colgantes del Dr. Gaos tuvieron que ceder ante el apremio de alcanzar el borde de la orilla. Gracias al peso añadido, el tronco comenzaba a perder su retorcido equilibrio de malabarista y mostraba una inclinación en dirección a las aguas de la corriente, cada segundo más inquietante.

Fue poco después, cuando el Dr. Gaos intentaba tocar tierra estirando su pie izquierdo entre resoplidos de angustia, que le nacieron de pronto unas ganas locas de pegarse una bofetada y darse un cabezazo contra la rodilla. Porque sólo a un idiota profundo, o peor todavía, a un dominado por las circunstancias, se le habría olvidado que llevaba un transportador último modelo en su espalda, del tamaño de una pequeña cacerola y forma de incensario, marca Botafumeiro, que todavía le faltaban tres años para pasar la ITV, con lo último en motor antigravitatorio. Según una revista especializada en transportadores unipersonales, lo más destacable del siglo XXI tras la tinta electrónica y la colonia en la Luna.

Lleno de vergüenza, apretó el botón de encendido y se deslizó dulcemente por los aires hasta la orilla, acompañado del suave ronroneo del transportador.

Justo en el momento que pisó suelo firme, el tronco se desprendió de sus raíces, en medio de gemidos terrosos, y pasó a ser un miembro más del club de objetos llevados por la corriente, delegación del Danubio. El Dr. Gaos decidió que aquel incidente estúpido sería mejor que se deslizara en el olvido más profundo de una manera similar. En sus futuras memorias no había sitio para la confesión de errores tan infantiles y poco descriptivos de su verdadera personalidad.



Anotación 187. Frontera de Panonia

«Viaje realizado. Aunque no perfectamente. El salto temporal, en su esencia, ha sido fácil, como cruzar una puerta. Apenas he notado un ligero hormigueo después de dar la orden de comienzo al ordenador. Luego, un desconcierto momentáneo, como si no estuviera en ningún sitio, un vacío de referencias que duró un instante de perplejidad. Finalmente, sentí el aire frío de la noche en la cara, penetrante de olores, lleno de oxígeno no contaminado, que inundó mis pulmones de cosquilleos deliciosos y vivificantes. Enseguida me embargó una sensación extraña de triunfo al respirarlo, se podría definir como borrachera natural. Pero al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que algo había salido mal. Fue un lamentable error. Y eso que lo había pensado todo repetidas veces y de forma obsesiva durante días: El fin de semana me desplazé al Danubio con la excusa de un congreso en Viena. Me dirigí a las excavaciones del campamento romano en plena noche, sin avisar a nadie y procurando no ser visto. Repasé el equipo a conciencia. Programé a Temporalía para aparecer en un atardecer, pero 1.988 años atrás, en medio del campamento, cerca del sótano que guardaba los papiros. No podía fallar nada, todo exacto y detallado. Pero, lamentablemente, ahora estoy a orillas del Danubio, en lo que parece un bosque bastante espeso, y rodeado de alimañas peligrosas. El localizador me dice que el año y el día son los correctos, año 106 d C. 28 de Abril, pero estoy situado a unos 16 kilómetros del campamento en dirección oeste. Esa es la clave. Tuve un pequeño desliz sin importancia que casi me mata. No me di cuenta de que la Tierra gira sobre su eje, así que cuando me desplazé en la dimensión del tiempo, fuera de la realidad habitual, el planeta siguió con su movimiento en el espacio, y aunque mi ausencia fue de apenas unos instantes imperceptibles y el programa tiene en cuenta el factor de velocidad terrestre, para no aparecer en el espacio debido al desplazamiento del planeta, no está diseñado (verdadero error infantil) para tener en cuenta el movimiento de rotación. Así que la velocidad de giro es tal, que he aparecido a varios kilómetros del lugar de destino. No surgi en medio de una peña o atravesado en un tronco por pura casualidad. Además, he perdido mis gafas de visión nocturna, que me costaron un buen pico en el centro comercial. Un desastre.

En próximos viajes tendré que hacer cálculos más precisos para evitar estos sustos. Ahora sólo me queda usar el transportador para llegar hasta el campamento abandonado. Tengo batería para cincuenta kilómetros. He decidido volar sobre el río y aprovechando la oscuridad de la noche. Me-



nos mal que no me ha visto nadie. Menudo ridículo.» Borró la última frase. Clic.

